

Brecha

Año 5 :—: ARTES :—: FEBRERO DE 1961 :—: LETRAS :—: No. 6

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loria** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: **BRECHA** — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

Extraña Visitación

por **Cristián Rodríguez**

El tío Clemente regresaba esa tarde de Filadelfia, rumbo a la capital de la provincia, su ciudad natal. Trataba de olvidar, resuelto a cambiar de vida, esos tres días borrascosos, pasados en compañía de antiguas amigas que había conocido años atrás, cuando hacía el servicio de posta. La verdad es que no estaba ya en edad para esos devaneos crapulosos que le estaban minando la salud. Fue precisamente su afición al vino de coyol y su falta de formalidad las que le acarrearón la pérdida de su puesto. No podía decirse que fuera un alcohólico, y si se proponía era capaz de guardar absoluta abstinencia durante varios meses consecutivos, lo que no quitaba que de tarde en tarde, especialmente cuando se sentía abatido, cediera a las sollicitaciones de dos, por lo menos, de los tres enemigos del hombre.

Conocía palmo a palmo el camino porque transitaba, y otro tanto podía decirse de la yegua que montaba. No era preciso guiarla porque estaba tan familiarizada, como el jinete, con todas las veredas, recodos y vericuetos de la región. La bestia se detenía sólo al aproximarse a alguna taberna en despoblado,

donde su amo solía ahogar las penas. Por eso no temía cabalgar a deshoras por esos andurriales. Gozaba, además, de merecida fama de hombre bregado y nadie que estuviera en su juicio se habría atrevido a gastarse bromas con él. En realidad el miedo le era desconocido, siempre que hubiera de dárselas con seres de este mundo; con los del otro no quería cuentas. Había escuchado tantas consejas fantásticas y espeluznantes, en que abundaba el folklore de la provincia, que cada vez que pasaba junto a alguna cerca de piñuelas no dejaba de estremecerse de aprensión. Recordaba que en una de esas cercas un nocherniego misericordioso había recogido a un niño abandonado entre las espinosas frondas y cuyos gemidos lastimeros partían el alma. Al querer acariciar al infante descubrió, lleno de horror, que el expósito era una criatura revajida, con dientes de jabalí y lengua bifurcada, como la de una serpiente. Los ojos le brillaban como otras tantas brasas, los dedos remataban en uñas descomunales y derramaba con el huelgo, por todo el ambiente, un acre olor a azufre. Arrojó al suelo al intruso que al caer se esfumó en medio de una hu-

malera rojiza. Al menos eso era lo que refería el Manco Bermúdez, víctima de aquella endiablada aventura y cuya veracidad nadie podía poner en duda.

Por demás está decir que el tío Clemente era hombre muy piadoso, a quien nunca la faltaba un par de escapularios, y de una religiosidad que se manifestaba hasta en su preferencia por la cruceta, que tenía por guarnición una cruz.

Era el tío Clemente de mediana estatura, flaco aunque de robustos huesos, de rostro bastante claro, sólo que un tanto veraguado, de nariz grande y perfilada, y tan piloso que no había solución de continuidad entre los pelos de la nariz y el bigote colgante. Llevaba el rostro más o menos afeitado, con una sombra azul en las mejillas que lo hacía parecer más moreno de lo que era en realidad. Su indumentaria era modesta y la única prenda de valor de que podía alardear era una hebilla en el cinturón, hecha de una moneda grande de plata. Una capa de manta ahulada, algo raída, lo resguardaba, lloviera o no lloviera.

Baquiano como era y avezado a cruzar ríos caudalosos y crecidos, ayudado por la habilidad natatoria de su bestia, sólo un milagro explicaba cómo pudo haber vadeado el Tempisque en el Paso de la O, en estado de casi completa inconsciencia, ya que en todo el camino había estado apurando el contenido de una cantimplora.

Marchaba en su cabalgadura como un sonámbulo, y no se dio siquiera cuenta del momento en que franqueó las Meonas, enormes rocas asentadas a uno y otro lado del camino, temidas por los viajeros por prestarse admirablemente, sirviendo de parapeto, para una emboscada. Sólo al internarse en un primer bosque entreabría los ojos, para capear las ramas desgajadas que rodeaban al trillo. Salió a tierra despejada y poco después tuvo que atravesar otro bosque más largo y más espeso en las ramas de cuyos corpulentos árboles había un nutrido tropel de congos, que al ver al adormilado viandante se dispersaron en todas direcciones entre el enmarañado follaje, aullando despavoridamente. Al cabo de un buen rato salió una vez más a campo abierto y cabalgó un poco más de una

legua por un extenso llano, despojado casi por completo de árboles, donde crecían principalmente el chan y la cetilla. Sólo se divisaba a lo lejos uno que otro laurel o peñemico, carcomido por el comején, que había convertido su tronco en un enorme nido negro. Aunque el sol había tramontado hacía ratos y la luna comenzaba a iluminar el paisaje con su luz mortecina, la temperatura era bochornosa aún y acrecentaba la somnolencia del viajero.

De pronto experimentó una rara sensación. Parecía que alguien, probablemente una mujer, lo acompañara, habiéndose posado en la grupa. Porque si fuera un hombre lo que llevaba a la polca, el paso de la bestia se habría retardado con el peso de más, mientras que la yegua caminaba como si no hubiera ocurrido nada. Volvió ligeramente la mirada hacia el suelo y observó con extrañeza que la luna no proyectaba otra sombra que la suya, y eso le metió mala espina. No le cabía duda de que no iba solo e ingrino. ¿Cómo y cuándo había descendido el huésped indeseado sobre las ancas de la bestia?, —no sabría decirlo; pero tenía completa certidumbre de que alguien lo acompañaba, porque cada vez eran más fuertes los suspiros y jadeos que percibía a su espalda. Lo único que recordaba confusamente es que al salir del último bosque y mirar de soslayo le pareció haber columbrado una sombra vaporosa, que se cernía como un ángel que hubiera caído del cielo o como un fantasma de menor categoría que flotara por los aires. No sabía qué hacer en esas circunstancias. Temía ponerse en ridículo si sus sospechas resultaban infundadas y eran sólo producto de su febril imaginación, debilitado su cerebro por efecto de los recientes desvelos. Echó mano de la cruceta, pero no se atrevió a desenvainar el arma. Si aquello era cosa del diablo, la cruz de la cruceta habría bastado para contrarrestar sus asechanzas. De todos modos, para estar al abrigo de cualquier contingencia, se encomendó primero a todos los santos, volvió len-

ta y sigilosamente la cabeza y así pudo darse cuenta de algo inenarrable en verdad. Acaso fuera aquello un condigno castigo de sus malos portos y alguien del otro mundo, apiadado de él, quería darle una lección que lo endilgara por el camino recto. El miedo —y no podía negar que era presa de incontenible pánico— podía hacerle ver cosas que no existían, alucinaciones macabras. Pero, por otra parte, estaba seguro de no soñar despierto. Se frotó los ojos y se dispuso a afrontar de lleno el peligro, mirando cara a cara al enemigo. Ante aquella horrenda aparición, no pudo sino dar un alarido de desesperación y apresurar el trote de la bestia. Simultáneamente sintió que unos brazos de mujer, lánguidos y fríos, lo abrazaban por la espalda. Clavó entonces las espuelas en los ijares de la bestia, que se lanzó en precipitado galope, como desbocada. No paró el animal sino hasta dar con su amo en el suelo, al fin de la carrera. Ardía el tío Clemente en abrasadora calentura; pero por lo menos la visión había desaparecido. Lo que había visto era casi imposible de describir: una mujer semidesnuda, descalza, pálida, con ojos que despedían chispas por entre las guedejas de una abundante cabellera, de color rubio desteñido, echada sobre el rostro. La visión correspondía punto por punto a la imagen tradicional de la cegueta, que era indiscutiblemente la que le había hecho un buen rato compañía, y que se había esfumado tan misteriosamente como había venido.

Cuando llegó a su casa, el tío Clemente, la fiebre lo azotaba más fuertemente aún y estuvo muchas horas sin poder balbucear palabra. El conocimiento de oídas esas leyendas, que su buen juicio lo obligaba a rechazar. Un amigo le había asegurado haber visto con sus propios ojos la carreta sin bueyes y otras cosas por el estilo, pero jamás había tenido él mismo experiencias horripilantes como esa, contra las que se sentía bien protegido con sus medallas y escapularios, ni creía que le

podieran ocurrir a él que, después de todo, era una buena persona, si se exceptúan los deslices a que se ha hecho referencia. No acertaba su familia a comprender qué le podía haber acontecido a un hombre acostumbrado a recorrer ese camino a todas horas del día y de la noche. Guardó prudente silencio, pero todos observaron en él un cambio radical: se había convertido casi en un santo. Nunca volvió a blasfemar, como lo hacía con más frecuencia de la cuenta, más por mala costumbre que por perversión intrínseca, y desde entonces fue el más abstemio de los hombres. Sentíase avergonzado de su desgracia y sólo poco a poco fue revelando la extraña aventura que le había acontecido en Llano Grande. Lo peor es que comenzaba a dudar de que estuviera en sus cabales, aunque su conducta y sus palabras denotaban una cordura cada vez más perfecta. Mucho tiempo permaneció el incidente sumido en el misterio de las cosas arcanas.

*
* *
*

Las noticias de la extraña aventura del tío Clemente se esparcieron como fuego en seco por todos los alrededores y llegaron hasta los cantones vecinos. Todo el mundo hacía pepitoria del acontecimiento, sin que nadie pudiera ofrecer una explicación plausible.

Sólo una persona estaba en el secreto de lo que había pasado y los que habían intervenido, impensadamente, en aquel incidente conspiraban también con su silencio, no tanto por comendable reticencia, sino más bien por no admitir que habían cometido una grave imprudencia. Lo que pasó es que una joven de veinticinco a treinta años de edad, muy hermosa, blanca y rubia, una de las bellezas tísticas de Boquerones, a quien el nombre de Clara le venía de perlas, tenía por algún motivo que recorrer una parte del mismo camino que nuestro héroe y no encontrando a esas horas ni carreta ni cabalgadura que la transportara, unos

amigos suyos, con la mejor intención, concibieron la idea de montarla a la grupa del tío Clemente, cuando lo vieron acercarse todo apachado sobre la bestia, sin que él se percatara. El trecho que la sílfide tenía que recorrer era relativamente corto y ella estaba tan acostumbrada a montar a caballo, que podía hacerlo en pelo, si fuere necesario. No dudaba de encontrar hospedaje en el próximo caserío y reanudar el viaje con más comodidad. Cuando el tío Clemente picó la bestia con las espuelas y ésta emprendió su carrera, Clara trató al principio de asir por la espalda al jinete, pero no pudiendo mantener muchos tiempo el equilibrio, fue lanzada violentamente y cayó a la vera del camino, donde permaneció largo rato sin sentido, hasta que a otro viandante se le enterneció el corazón al ver a la joven en ese incómodo predicamento y corrió a socorrerla, no tanto porque fuera un buen samaritano de profesión, como porque Clara era una moza de muy buen palmito y de cuerpo más que pasable, y despertaba naturalmente toda clase de sentimientos caritativos. Aunque andaba descalza y su ligera vestidura, desgarrada por los abrojos del camino, dejaba ver buena parte de sus rosados y carnosos muslos, y su cabellera desgreñada por el viento podía darle un aspecto de Amazona, jamás podía pensar que alguien la confundiera con una cegueta.



Aquileo J. Echeverría, Rubén Darío, y Miguel de Unamuno

Por GONZALO CHACÓN TREJOS

Estaba nuestro insigne poeta Aquileo J. Echeverría ya muy enfermo en un sanatorio de Barcelona, adonde llegó el 20 de noviembre de 1908, cuando, para la edición que preparaba de sus **Concherías**, escribió el inmortal Rubén Darío el delicioso **Prólogo** que intituló **El Poeta de Costa Rica**. Aquileo murió el 11 de marzo de 1909. Un mes y medio después le escribió Rubén a Miguel de Unamuno, con motivo de haber recibido unos versos de éste titulado **La Viajera**. En esa carta dice Darío: "Bellos y tristes sus versos. El pobre poeta de Costa Rica murió hará como veinte días en un hospital de Barcelona. A usted debe serle simpático el apellido Echeverría, porque, si no me equivoco, es vasco". Esa carta de Rubén está fechada en Madrid el 25 de abril de 1909, exactamente cuarenticinco días después de la muerte de Aquileo y no "cómo veinte días" que dice Rubén. Esa diferencia tiene, como veremos, mucha importancia para los que, como yo, somos fervientes, apasionados admiradores de Darío y de Aquileo. Rubén, universal, único, con su visión genial vio en Aquileo al Poeta de Costa Rica.

Todo cuanto hizo y escribió un genio gigantesco como Darío tiene importancia y valor para la posteridad; en este caso se trata de algo de alto interés, para los costarricenses aficionados a las letras, puesto que se refiere a una genuina, auténtica gloria nacional.

Paso a exponer una pregunta que me inquieta y apasiona, porque no le encuentro respuesta satisfactoria, quiero decir, afirmativa: pocos días después de morir Aquileo ¿escribió Rubén Darío, con ese infausto motivo, un artículo necrológico? Esto tiene suma importancia porque, para mayor gloria, si es posible, del autor de **Concherías**, un artículo necrológico del inmenso Rubén Darío vendría a ser otro monumento imperecedero a la memoria de Aquileo J. Echeverría.

Lo malo es que no tengo ninguna seguridad de que tan ansiada necrología existe. De aquí mi viva curiosidad que tiene origen en un artículo que trae la ilustre **Revista Iberoamericana**, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, patrocinada por la Universidad de Iowa, Vol XXV Julio-Diciembre 1960, que acabo de recibir. Dicho artículo, que lleva por título "Unamuno frente a la poesía de Rubén Darío" es un muy interesante y bien documentado estudio, con referencia a las, a veces, nada cordiales relaciones entre ambos egregios literatos, cuya lectura es muy agradable e instructiva. El autor es uno de esos estupendos hispanistas universitarios norteamericanos, que se llama Philip Metzidakis, de la Universidad de Yale. He aquí lo que el erudito Metzidakis escribe, que ha encendido mi curiosidad: "En 1909 publica Rubén su artículo **Unamuno, poeta en La Nación**, estudio que le abrió el camino de la fama en poesía; en las cartas —las últimas que escribie-

ron— cambiadas entre ellos, hay muchos votos de amistad y comprensión mutua. En una carta de Unamuno, hasta encontramos que le brindó a Darío una de sus poesías, la intitulada **La Viajera**, poesía inspirada en un artículo de Rubén sobre la muerte en Barcelona de un poeta costarricense".

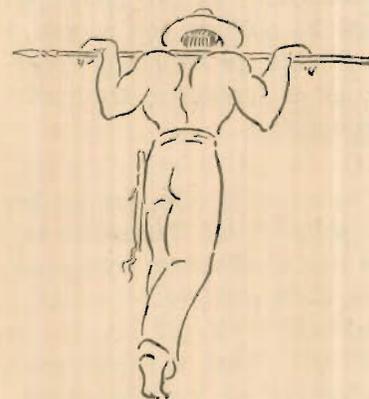
Subrayo la emocionante y categórica afirmación. Rubén Darío escribió un artículo necrológico dedicado a la memoria de nuestro venerado, incomparable poeta. Proviene, evidentemente de fuente insospechable, la noticia sorprendente que afirma la existencia del artículo necrológi-

co de Darío. Es posible, es casi seguro que existe. Pero ¿dónde está? En cuál periódico o revista fue publicado? Hasta ahora no he podido dar con él, o con alguien que lo conozca. No aparece tampoco en la excelente edición de algunas obras de Aquileo, publicada por la Editorial Universitaria en 1953 (Trejos Hnos. Impresores) en la cual sí están el maravilloso **Prólogo**, de Darío y en la página 287 **La Viajera** de Unamuno.

Si ese artículo de Rubén Darío existe, no descansaré tranquilo hasta encontrarlo. La curiosidad me devora y estoy seguro de que los entusiastas admiradores de Aquileo J. Echeverría comparten mi afán.

Gonzalo Chacón Trejos

Tres Ríos, Marzo de 1961.



LA VIAJERA

Tú, la viajera de siempre;
la que viene de las tierras infinitas;
compañera de mis viajes,
—¡oh tristeza peregrina!—
¿Volveré, dime, a dormir el viejo sueño,
en mi cama de otros días
donde se acaba este viaje,
donde las horas terminan?

Ayer, ya contigo, cruzaba estos campos,
al nacer la verdura florida,
y hoy de nuevo los cruzo contigo
al caer de la hoja amarilla.

¡Oh tristeza, compañera de mis noches y mis días!
Tú amadrinas los caminos,
—¡oh tristeza peregrina!—
¡tú, que coges a los hombres en la cuna,
y los llevas en tus brazos por la vida,
y los dejas arrojados en la tierra
cuando acaba la partida!

Miguel de UNAMUNO

Cabe el silencio de los ataúdes

por LILIA RAMOS

Todo lo que no cambia, está muerto.

Azorín

La muerte me ha acompañado,
puesto que de ella nací.

Con muerte adentro crecí
y viviendo la he llevado.

Pita Amor

Hogar apacible y extraño el de la viuda Carlota. Un hijo pálido, dulce, melancólico y tan suave!... hasta no ser. Ojos con mansedumbre bovina, de color vago como su pergeño desleído en su madre rubescente. No alcanzó individualidad: es apéndice de ella. El zoólogo con acceso a la familia, se habría interesado en el fenómeno simbiosis-mimetismo...

Las gentes! Oh, las gentes de simplicidad! "Nunca he visto una madre tan buena como doña Carlota!" "Adora a Carlitos!" "Y él? Un tesoro de hijo!". "Así, si vale la pena satisfacer el instinto maternal!". "Y sacrificarse tanto". "Qué muchacho más abnegado con su mamá!". "Carlitos no parece un joven de nuestra época: es un santo!". "No se casará mientras su madre esté viva!".

Doña Carlota frente a él en éxtasis a la hora del desayuno servido con amor y lista para brindarle los diarios matutinos. Almuerzo y comida suscitan el mismo arrobamiento, la misma solicitud para complacer sin que él necesite ni una palabra. Los manjares del consumo hogareño son de su (de él) exclusiva elección, así como las bebidas fungibles.

Qué casualidad!: siempre coinciden las pocas oportunidades en que ella deja la casa para ir a la iglesia o a hacer una compra para él, con los ratos escasos en que Carlitos va a trabajar (?) o a la

peluquería, para un regreso pronto con obsequio también. Veladas juntos... Diálogos susurrados, lentos y sólo arrastrando el único tema: ellos mismos, su mutua devoción. O, de vez en cuando, el abuelo Carlos, el padre de la madre. "Tan bueno y cariñoso conmigo" (Unum et idem). Jamás había encontrado alivio a su pena desde que él murió, hasta que su hijo vino al mundo. "Igualitos!", exclama en lágrimas doña Carlota. Y nadie más puede hallar la semejanza...

Hogareño Carlitos y su progenitora, como antaño ella y su padre, en la noche temprana rezan o discuten (Monólogos a dos voces) un libro religioso. Alguna tarde, ambos de negro van a dar condolencia, o de azul marino si se trata de hacer una gestión, salen juntos, llevando el mismo ritmo al andar y en palique siempre. Ella, obesa, él, enjuto. Y a su turno, cada cual sorbiendo las expresiones del otro.

Las dos hermanas primavas, jubilosas y lindas, carecen de toda significación para doña Carlota y para su treintañero; pero éstos son un gravamen para ellas. Lo aceptan a cambio de su independencia para disfrutar precisamente de la vida. Doña Carlota alega que su hijo es enfermizo, débil y que por tales motivos, gana poco y contribuye menos. Ambos ocultan la existencia de un capital redituable en provecho de Carlitos, por supuesto!

Delmira y Violeta conquistan ascensos, pero no dicen la nueva jugosa; han silenciado también la de sus esponables. Las dos procuran la superación, cada una de acuerdo con sus aspiraciones propias y ambas tienen importancia colectiva relevante.

El infortunio deja vivo al apéndice una vez muerto el organismo que lo nutría. De súbito, quedó completamente solo, a la deriva... Sus hermanas poseen clara conciencia de la inutilidad de cualquier esfuerzo tendiente a consolarlo, a ayudarlo a ser. En la búsqueda ansiosa de una persona a quien adherirse, Carlitos recuerda a Esteban, un discípulo mediocre y señero. Erróneamente piensa que dos solitarios pueden hacer amistad, acompañarse al menos. Lo visita en su funeraria en barrio lejano y la plática forzada, angustiosa, en aquel perimundo tétrico, acentúa la sensación de vacío que lo ahoga. Sin embargo, en su nocturna soledad, brilla una esperanza y, por primera vez, tiene brío para hacerla cristalizar.

La proposición se acepta por conveniente a dueño y a empleado: éste pasaría a servicio diurno y Carlitos, al de sereno. Sólo aquéllos habrían de enterarse del nuevo menester del huérfano.

Violeta y Delmira creen que, al fin, su hermano ha empezado a vivir, aunque juzgan que el modo es un poco raro: se entrega al sueño

de las once hasta las seis p.m. y ellas fantasean que luego va a pernoctar con la bienamada (?). También imaginan que trabaja en la mañana y que, con el estipendio, satisface sus magras necesidades.

El taciturno arregla un rinconcito anejo al salón principal de la funeraria. Jamás penetra en él sin que se le estruje el corazón y asomen lágrimas. Todo evoca la memoria de su ídolo... Las saudades son tremendas, pero a ellas se mezcla un intenso regocijo que Carlitos no comprende. En aquel recinto hay un escritorio donde están los libros saboreados por ella, un cartapacio que esconde los conmovedores epicedios que nunca deja de pulir, y en las gavetas, numerosos objetos de su progenitora, de éstos que siempre conservan algunos maníacos...

Sólo sus ojos amantes pueden contemplar el retrato que saca como primer paso del largo y esmerado ritual nocturno. Mas... la ceremonia fundamental se verifica en la cámara de los ataúdes. Ha comprado uno idéntico al de su madre. El féretro posee un anaquel idóneo y está cubierto por un segrí hallado en el armario viejo de su casa. Excepto los domingos y otros días libres en que hay un cambio (la visita prolongada al camposanto), la necromanía de Carlitos empieza a ser satisfecha al desvanecerse Esteban.

El huérfano toma la caja mortuoria con exquisita suavidad, como si llevara los restos de su adorada y, al colocarla sobre el pedestal de lujo, inicia la erección de la capilla ardiente. Con lentitud y en silencio, ejecuta la faena cuyo remate es el esparcimiento de flores recién cortadas que, a la otra mañana, lucen en una vasija grande que ocupa el sitio de la fotografía. Siempre deja un espacio libre alrededor del túmulo...

Carlitos se dirige enseguida al rincón de las añoranzas... toma asiento y coge su cabe-

Pedro Henríquez Ureña

Obra Crítica

(FONDO DE CULTURA ECONOMICA)

por EDELBERTO TORRES

Cuando se publica un libro como éste, el espíritu siente que una ráfaga de alegría lo penetra y lo hace prorrumper en interjecciones exultantes, en un *sursum corda* expresivo de la plenitud de su emoción.

Ese entusiasmo lo comprende y lo experimenta el hombre culto de América que se sabe voluntariamente adscrita a la gran ciudadanía continental latinoamericana, y con mayor razón el humanista atento a las palpaciones de nuestra cultura. Los demás exigen la justificación de semejante entusiasmo, y por generosidad intelectual y porque es buena parte del gozo personal hacerlos partícipes de él, hay que cumplir con ellos. Ojalá que esta nota inevitablemente breve por su naturaleza, cumpla ese cometido.

El Fondo de Cultura Económica agrega a sus diluviales ediciones, ésta que en un volumen de 844 páginas reúne seis obras de Pedro Henríquez Ureña, más una rica y sustanciosa antología de sus artículos sueltos y conferencias. Emma Susana Speratti Piñero se echó a cuestras la responsabilidad de la edición,

así como la confección de la bibliografía y del índice onomástico que la rematan acabadamente. Estaba ella doblemente capacitada para esa formidable empresa; a la capacidad técnica suma algo que es también capacidad como que hace gozoso el trabajo, y el compromiso adquirido lo convierte en empeño pertinaz por llevarlo a término con perfección: es el afecto para el autor. Fue ella alumna de Pedro Henríquez Ureña y su minucioso quehacer la revela como discípula devota del insigne maestro. Alumna y discípula, esto es receptora de su sabiduría y adicta a su posición de humanista, que es una rendición de homenaje perenne a su memoria.

Sean expresadas las más cordiales enhorabuenas al Fondo de Cultura Económica y a Emma Susana Speratti Piñero por el bien cultural hecho al público de habla española y a los círculos literarios de otras lenguas que se interesan por nuestra cultura, por la publicación de la magnífica recopilación de las varias obras de Henríquez Ureña que el volumen contiene.

Estábamos familiarizados

za entre las manos para darse de pleno a los recuerdos, a las oraciones compartidas y a la meditación en el más allá, único resplandor que ilumina su existencia. En el conatinio, pasa a la otra habitación para la escena segunda del ritual.

Con paso bamboleante, se acerca al catafalco y extiende los brazos para rodear el ataúd. Entonces llora, se estremece... a ratos musita y al secar sus lágrimas, el rehilo de su mentón se destaca con nitidez. Luego comienza a voltear muy despaciosamente el féretro donde imagina a su

con **Las corrientes literarias en la América Hispánica**, obra publicada originalmente en inglés y finalmente puesta en español por el doctor Joaquín Díez-Canedo, y con la **Historia de la cultura en la América Hispánica**, ambas publicadas también por el Fondo de Cultura Económica; pero las demás dádivas que el poderoso talento y cuantioso saber de Henríquez Ureña hizo a los pueblos hispánicos, sólo podían estudiarse en las bibliotecas bien dotadas, y las de México y de otros países nuestros no lo son. Es por eso por lo que de **Ensayos críticos** y **Horas de estudio** sólo conocíamos las referencias de críticos e historiadores de la literatura hispanoamericana, y no es sino ahora que podemos satisfacer nuestra curiosidad y apetencia, echando los ojos golosos sobre esas páginas y las de **En la orilla**. **Mi España**. **Seis ensayos en busca de nuestra expresión**. **La cultura y las letras en Santo Domingo**. **Plenitud de España y Antología de artículos y conferencias**, que integran el soberbio volumen dado a luz por el Fondo de Cultura Económica.

Dispuesto el cuantioso material en orden cronológico

madre exánime. El agotamiento lo fuerza a descansar. Un mucho letárgico aún, extrae papeles de un bolsillo y se dedica a recitar con dulce entonación dramática, los epicedios a la memoria de su ídolo, o a escribir otros... Después del lapso reparador, de nuevo se pone a circular ite-

como era procedente, ocupa el primer lugar el libro primigenio **Ensayos críticos**, impreso cuando el autor cumplía apenas 21 años de edad. Por entonces ya había compuesto versos que auguraban el advenimiento de un gran poeta; pero sin duda el don crítico era en él más denso que el poético, y además se cargó muy temprano de una erudición asombrosa, que seguramente algo contribuyó a inclinarlo definitivamente al examen de las obras ajenas y de los problemas culturales, apartándolo de las muchas creaciones propias que pudo dar.

En Pedro Henríquez Ureña lo mismo que en otros críticos ilustres entre los cuales son ejemplo claros Jules Lemaitre y Brunetiere en Francia, y Menéndez Pelayo en España. Mas el estro que quedó en ellos marginado—don Alfonso Reyes es otro ejemplo— no fue por eso anulado. Henríquez Ureña y esos cofrades fueron poetas en su prosa disectora de obras y escuelas literarias. Su condición de poetas les favoreció la comprensión y recepción de la belleza por los demás captada en sus obras.

El artículo, breve ensayo más bien, "Dannunzio, el poeta" exhibe a Henríquez Ureña dotado ya de las herramientas culturales y aptitudes con que habría de llevar a cabo su preclara labor. Frisaba entonces en los 19 años y ya leía al poeta italiano y a autores ingleses y franceses en sus idiomas propios. Sus lecturas, lecturas de estudioso, es decir, detenidas, penetrantes, eran de griegos, latinos y europeos modernos, y el estilo estaba definido con sus rasgos de claridad, elegancia, brío y seguridad.

En la edición de **Ensayos críticos**, figuró el **Rubén Darío**, separado después para que formara parte de la se-

rando el pensamiento de Santa Teresa:

"Crece en mí un amor tan grande"..

Y ya exhausto, reposa en la madrugada. A veces, la aurora sorprende al noctívago en su ritual...

gunda obra del joven maestro **Horas de estudio**, seguro de que los cinco años de evolución mental que habían transcurrido, no lo harían considerar periclitado aquel ensayo. ¡Y qué val, pues que aun hoy lo leemos con agrado y provecho por la forma ya magistral y por las enseñanzas que nos trasmite.

En "**El verso endecasílabo**", perteneciente a **Horas de estudio**, el crítico hace una excursión al laberinto de la métrica castellana, buscando la entogenia de ese verso, al cual como otros de arte mayor, sigue siendo fuente de opiniones que jamás concuerdan. Véamos un botón de muestra: "Existe, es cierto, —dice Henríquez Ureña— el endecasílabo que Bello llamó **dactílico** y Milá y Fontanals tituló, con más exactitud, **anapéstico**, cuyos acentos rítmicos caen sobre las sílabas cuarta y séptima..." Y ejemplifica: "Luego resurgen tan magnos clamores". En estricta conformidad con la sustancia del pie dactílico, ese verso se compone de tres períodos métricos de tal clase y un final

trocaico: **mores**. Henríquez Ureña asiente al parecer de Milá y Fontanals, y el profano se interroga cómo pueden disentir en un asunto de tan clara fonética los privilegiados oídos de los dos maestros el catalán y el dominicano, del criterio del venezolano. El eminente fonetista Navarro Tomás ha venido, recientemente, a complicar el embrollo con su **Arte del verso** en el cual todos los metros son sometidos a un tratamiento reductor, que hace imposible tener seguridad si aquí se trata de un yambo, allá de un anfibraco, etc.

Seis ensayos en busca de nuestra expresión es en este volumen y quizás en toda la obra de Henríquez Ureña, el trabajo más personal, aun habida cuenta de que en todo lo que escribió, está su inconfundible señorío. Aquí hay crítica, historia y creación, y lo último porque el maestro puso el índice de su magisterio en dirección al porvenir para dar orientaciones. Y señaló como primera la **independencia literaria**, que quie-

re decir el americanismo nuestro, el autoctonismo, que no es indiferencia, ni ignorancia de lo ajeno de ninguna parte. Aconseja después atención a la naturaleza: "la literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo", y siguió pensándolo por más que espiritualmente fuera siempre un ciudadano de Jonia. Como "el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa", quiere que acendremos nuestra nota expresiva y que busquemos nuestro acento inconfundible. Como ciudadano de Atenas y asistente al **simposio platónico**, la norma suprema que establece es el ansia de perfección: "Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir con ansia de perfección".

Pero no es posible continuar. Bastaría que dedicáramos

un solo renglón a cada artículo suyo para cubrir más espacio del disponible. Y es que fuera del cuantioso acervo de ideas y enseñanzas que la **Obra crítica** encierra, la imponente figura de Henríquez Ureña nos avasalla y obliga a rendirle gratamente pleitesía. Fue él más que escritor, que crítico, que investigador y aun más que poeta, maestro en el sentido más sublimado de la palabra. Nos dicen los que gozaron de su magisterio, que la parte más abundante de su obra, y en ésta quizás lo mejor, se perdió para siempre, porque no fue escrita, sino dicha en la cátedra y en la conversación. Le faltó su Platón, no tuvo ni un Jenofonte, ni un Eckerman que recogiera el amazónico fluir de su sabiduría. Pero aún así, con la obra escrita que nos legó, se levantó a sí mismo un monumento tan perdurable como la lengua en que escribió.

México, D. F.,

febrero de 1961.

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado **OFRECE:**

LAROUSSE UNIVERSAL ILUSTRADO

Esta magna obra constituye un inventario completo del conjunto de ideas, hechos, lugares, personas, acontecimientos y procedimientos que abarca el saber humano. Por su ordenamiento alfabético brinda rápida orientación y sus extensos artículos especializados hacen de ella una obra de estudio y consulta, un instrumento inapreciable de cultura personal.

POR QUE UN "LAROUSSE"?

Porque Larousse es la editorial más importante del mundo especializada en obras enciclopédicas. De sus archivos emanan diccionarios dedicados a todas las ramas del saber y de la vida práctica, desde la etimología de los apellidos hasta la gastronomía. Su documentación incomparable le permite publicar logradas síntesis enciclopédicas de rigurosa actualidad sobre los grandes temas científicos, históricos y culturales. Los diccionarios Larousse, en uno, dos o seis volúmenes, desafían al tiempo, desde hace más de cien años, porque viven al compás de su tiempo.

Tres volúmenes en cuarto mayor, más de 2.000 páginas con 188.000 artículos lexicográficos y monografías enciclopédicas, más de 3.500 grabados y mapas en negro, 77 láminas en negro, 24 mapas en color fuera de texto, 72 láminas en color y en negro fuera de texto.

El **LAROUSSE UNIVERSAL** es la primera edición en español de un diccionario francés de igual título; adaptación hecha bajo la dirección de Miguel de **TORO Y GIBERT**, Doctor en Letras, Correspondiente de la Academia Española. **CONSULTE NUESTRO SISTEMA DE VENTAS A PLAZOS**

Rafael Yglesias Castro (*)

por JORGE AGUILAR MORUA

Don Rafael Yglesias se asoma a las páginas de su autobiografía, y habla claro y sin ambajes. Puntualiza con hechos y razones, no con floridas retóricas, la determinación de las actuaciones básicas de su vida pública, inspiradas siempre en su deseo ferviente de realizar el progreso y el bienestar del país.

No bien se ahonda su lectura, afloran las grandes ideas del gobernante: y a la par de éstas, el manantial de su energía, la fe que obra milagros, indispensables para coronar estos ideales con el mejor de los éxitos.

Cabeza de estadista de superior modelado, que le imprime ritmo de energía a todas las actividades nacionales, creando, entre otras de sus obras sustantivas, el Talón de Oro para sanear la moneda y darle equilibrio, en su cambio con la extranjera, a nuestro sistema monetario; que después de hacer pasar los cálculos por el tamiz del criterio de expertos, hace saltar peñas con dinamita, salva abismos con puentes que son orgullo de nuestra ingeniería, y tiende luego las cintas de acero del Ferrocarril al Pacífico, que empalmadas con las del Atlántico, pone al servicio del país una vía interoceánica que lo aboca con el mundo entero; y que pone remate a la edificación del Teatro Nacional, verdadera joya arquitectónica que realza a San José, y que encierra, como santuario, un tesoro de pinturas italianas y una ornamentación que deslumbra. El destacado hombre público no escatimó millones para la

construcción grandiosa, porque se empleaban, como él muy bien discernía, en provecho de la cultura y del arte en su país.

Apareció siendo muy joven en la palestra de las luchas políticas. En la agitada plaza pública su palabra electrificante despertaba simpatía y adhesión a la causa que patrocinaban sus convicciones políticas, y la explosión de los aplausos marcaba el arrebató que producía en sus oyentes las imágenes bellas del discurso y su argumentación vigorosa. En la alocución concertada y serena en presencia de públicos selectos, su exquisita cultura y señorial prestancia no tardaban en conquistarle el favor de su auditorio. A medida que se adentraba en el tema, percibíase la fuerza de su pensamiento, que tendiendo las alas, se alzaba majestuoso a más vastos espacios.

Cuando el Señor Yglesias se separaba de la suprema jerarquía del Estado o de los ajetreos de la política militante, se daba al tráfago de sus negocios particulares, entre los que figuraban la atención de sus fincas rurales. "La agricultura, como expresa con propiedad en su autobiografía, es la más halagadora y la que más ennoblece los sentimientos del hombre, por la costumbre que adquiere de amar a la tierra como elemento creador de riqueza por sus cultivos y de ver en éstos creaciones de su ingenio y de su esfuerzo".

Harto a las claras se demuestra que el ilustre hom-

bre público fue probo en el manejo de los fondos públicos, así como se manifiesta esa probidad, con cristalina transparencia, en todos los demás actos de su vida privada. De las dos Administraciones Públicas que presidió salió pobre, y las empresas personales de las que él obtenía el mantenimiento suyo y el de su familia, quedaron seriamente quebrantadas debido a la poca atención que les dispensaba, porque su tiempo lo absorbía, casi por entero, sus preocupaciones de gobernante. El dinero que logró acumular en los intervalos de su actividad como simple ciudadano, una y más veces lo perdió en sus campañas políticas, quedando de esta suerte entregado a los azares de un porvenir económico dudoso.

La reciedumbre de su carácter probó sus filos en la aplicación, sin contemplaciones, de los dictados de la ley. Y en punto a la moralidad del país, no sufrió la vindicta pública porque quedaran sin sanción efectiva, a la sombra de la complicidad del Gobierno, el que holla el honor, mete la hoz en mies ajena, o vive, en la colmena social, como parásito y zángano. El censor torpe o malévolo que critique su actuación a este respecto, tendrá que disuadirse de su error o enderezar su malsana inclinación. Por el imperio de la moral en el país, empeñó el señor Yglesias todos los recursos que concentró en su persona el Estado, porque participaba de la opinión del sabio de que la civilización no es otra cosa que la moral ilustrada y ampliamente difundida.

En los últimos años de su existencia, don Rafael y mi padre entablaron una gran amistad. Recuerdo haber visto llegar a nuestro hogar, al señor Yglesias, portando para mi padre una nueva, que dio estampida en el país. Fue don Rafael, en efecto, el primero que le comunicó la determinación del General don Juan Bautista Quirós, que regía a la sazón los destinos de la República, de convocar a una Junta de Notables a fin de que decidiera si debía designarse el Poder en mi padre, en su calidad de Designado a la Presidencia de la República del régimen político anterior al Golpe de Estado de 1917. La Junta de Notables, para conjurar una situación política peligrosa que amagaba hasta con la intervención armada de una potencia extranjera, se pronunció en el sentido de que se depositara en mi padre el Poder. El General Quirós, con un gesto de acendrado patriotismo que todos los costarricenses le reconocemos, hizo inmediatamente entrega de la Fuerza Pública a la persona indicada por la Junta. Al aceptar tan honrosa como delicada responsabilidad, urgido por las circunstancias, mi padre sólo una condición impuso, que le fue aceptada: advenir al Poder pero en calidad de Presidente Provisional, tanto porque así satisfacía la tesis de Derecho Constitucional que sustentaba relativa a esa emergencia política que confrontaba la República, cuanto porque así el país, en el ejercicio de su independencia, se daba una fórmula política propia, sin tener que sujetarse a la que le viniera del extranjero. La medida adoptada por el Presidente Provisional, le valió a éste el no reconocimiento de su Gobierno por parte del de los Estados Unidos de Norte América.

Como otro hecho que abona, volviendo a anudar el hilo de estas ideas, la buena amistad que reinó entre el Señor

(*) Prólogo a la autobiografía del Sr. Ex-Presidente Don Rafael Yglesias Castro, publicada por la Editorial Lehmann, con motivo del centenario de su nacimiento.

DESDE PARIS.—

Evocando a Fernando Villalón, Poeta y Ganadero de Reses Bravas

Jean Cocteau, en Andalucía

por JOSE BALLESTER-GOZALVO

Jean Cocteau, pocos meses ha consagrado príncipe de los poetas franceses, sucediendo al uruguayo-francés Julio Supervielles, que ostentó ese título sólo ocho días, sucesor a su vez de Paul Fort que lo fue casi cincuenta años, acaba de visitar la luminosa, riente y liberal Cádiz, la de la primera Constitución española de 1812, invitado a participar en un modo de coloquio universitario sobre la "poesía libre". Ha sido la universidad sevillana la organizadora de esa efectiva "extensión universitaria". Profesores, poetas, artistas, estudiantes, ellos y ellas de muy diversos países, le han recibido, aplaudido y agasajado no sólo como maestro, sino como corresponde a su condición principesca. La poesía, de que según es tradición. Andalucía está embrujada, y que fue objeto de coloquio en las aulas, se le presentó en la más plástica y espléndida realidad. Andalucía, tan rica en facetas atrayentes y seductoras, se las ofreció pródigamente, con ocasión de excursiones por su campo exuberante a sus marismas de horizonte, erranos a centros urbanos tan bellos como Jerez, Morón, Arcos de la Frontera, y añadió en su honor una fiesta campera, con todo



FERNANDO VILLALON POETA Y GANADERO DE RESES BRAVAS

lo que ella tiene de luminosidad, de distinción, de arte, de bravura, de emoción, a la excelsa e inimitable manera andaluza.

De la abundante información que me ha sido dable conocer de tal fiesta, he destacado íntima y sentimentalmente una simpática fotografía en la que aparece Cocteau, los brazos abiertos, en gesto de abrazo infinito, apoyada su diestra en el hombro derecho del poeta José María

Pemán y la siniestra en el de Alvaro Domecq, uno de los jóvenes reetños de esa dinastía de magos andalices en cuyas bodegas se producen, en milagrosa alquimia, los selectos caldos perezanos que algunos han bautizado, en acertada hipérbole, de "sol embotellado". El joven Domecq viste chaquetilla corta, sombrero ancho, botas y pantalones camperos, con zafones, como corresponde al "anfitrión, dueño del cortijó. A través de esa fotografía

adivino el ambiente abigarrado de la fiesta: bellas mujeres, soberbiamente ataviadas a la andaluza, toreros, caballistas, mozos de cortijo, gitanos, cantaores y tocaores, en una atmósfera densa que huele a mezcla rara de tierra, cuadra manzanilla y señorío de perfumes selectos.

Semejante concurso, en que la poesía aparece del brazo del torero, del caballista y el ganadero, ha tenido la virtud de evocar en mí la figura de aquél Fernando Villalón, conde de Miraflores de los Angeles, andaluz auténtico de Andalucía la baja, poeta, labrador y ganadero de reses bravas, desaparecido prematuramente en plena fortaleza física, hace justamente treinta años, y que fue y continúa siendo, para mí al menos, acaso el mejor poeta de su generación. ¿Su generación? Cronológicamente pertenece a aquella que tuvo a Antonio Machado, Valle-Inclán, Unamuno y Juan Ramón por figuras señeras; pero literariamente, es la suya la de Jorge Guillén, García Lorca, Gerardo Diego, Pedro Salinas, pues en ella floreció.

Fue compañero de Juan Ramón en el colegio de jesuitas del Puerto de Santa María, y de los años de su primera juventud son algunos de sus versos que, por una especie de pudor, conservó inéditos hasta 1926 en que publicó su primer libro, *Andalucía la baja*, donde volcó el caudal de sentimientos que le había inspirado aquella Andalucía que fue su cuna y marco de su vida y de sus hazañas. Un año después, en 1928, publicaba *La Toriada*, poema del toro, para él animal sagrado, que eleva a la categoría de mito, criado, sí, para el sacrificio cruento de la lidia, pero que,

Presidente Yglesias y mi padre, traigo a colación la tertulia cotidiana que se celebraba, en horas de la tarde, en el estudio de abogado del último, entre ellos y el caballero colombiano don Teodosio Castro Angarita. Departaban, de preferencia, acerca de tópicos de actualidad, y

remataban la plática apacendiéndose con el recuerdo de tiempos ya idos.

Los pinceles de Timantes y los mármoles de Lisipo, contra el tiempo y el olvido, decían los antiguos griegos; y para mantener perviviente y vivaz el recuerdo del ex-Pre-

sidente ilustre que dio ritmo de energía a todas las actividades del Estado, la obra de su progreso nacional, que se manifiesta en toda la magnitud de su grandeza, si no se la mira bajo un ángulo estrecho y parcial. No se ha hecho todavía la consagración oficial del estadista, a la medida de

sus grandes méritos; pero si al presente, por circunstancias que no se explican, no ha cobrado contornos reales ese reconocimiento público a su memoria, bien sabe la República que ya palpita en las entrañas del porvenir.

a pesar de lo propiciatorio del sacrificio, o quizá por ello, merece ser rodeado de los máximos. Así dice:

“El toro va a salir, su sangre hirviente te ofrezco en holocausto que patente muestra es de una fe que en mí perdura”.

Este su segundo libro, en que se muestra ya poeta plenamente formado, presenta una marcadísima influencia de culteranismo a lo Góngora, poeta de su preferencia, a tal punto, que alguien lo ha subtítuloado **“Nuevas Soledades” de la Marisma**”.

Dejó pasar otro año para publicar su tercer libro **Romances del 800**, donde estiliza, con un sentimiento inigualado, todos los temas románticos del siglo XIX, tan rico en ellos, y que puede interpretarse como un fresco de la España de ese siglo: **La diligencia de Carmona, Rafael Riego, La Muerte del Espartero**, entre otros, son títulos

que descubren fielmente el contenido del libro. Y nada más. La muerte paralizó su pluma para siempre, el 8 de Mayo de 1930. Sólo tres años de poeta; pero ¡cuán honda e indeleble su huella en el jardín de Apolo!

Profunda consternación y sorpresa produjo la muerte de aquel prodigio de constitución física. Porque Villalón, aunque de mediana estatura, era de cuerpo macizo, musculoso, un **San Cristóbal sin palmera** le llamó alguien, de piernas arqueadas que denunciaban al caballista nato, cara redonda, piel morena, curtida y tostada por el aire y el sol de la marisma. Era apasionado del campo y de su hacer de ganadero al que se entregaba con devoción que le venía de casta que no renegó jamás:

“Que me entierren con espuelas y el barbuquejo en la barba, que siempre fue un mal nacido quien renegó de su casta”.

Su mayor ambición fue obtener toros verdaderamente bravos, toros con **amor propio**, que no consintieran ser humillados, que no se dejaran impunemente **tocar un pitón**, como adorno, durante la lidia. Y llegó a lograrlo. Los viejos aficionados recuerdan, seguramente, aquellos de Villalón, bravos, duros, poderosos, de lidia difícil, razón por la que estuvieron durante años ausentes de los ruedos, por veto de los toreros que en aquellos tiempos tenían el monopolio de los carteles. A Villalón le satisfacía ese respeto que infundían los toros de sus vacadas.

Un buen caballo andaluz era su mejor amigo, el compañero de sus largos recorridos por las dehesas.

“Mi caballo es un buen mozo” había dicho. Y su paisaje preferido, el de las vastas marismas, donde rumían los toros, y que recorría a diario, jinete casi centauro, en la diestra su garrocha de majagua:

“En las salinas del puerto se encarga a los salineros las garrochas de majagua que gastan los mozos buenos”.

Nadie hubiera adivinado que dentro de aquel caballista fuerte y rudo, de hablar cerrado y ronco, abundante en giros pintorescos y palabrotas, tierra y cielo andaluz en extraña y simpática alquimia, pudiera albergarse un espíritu tan selecto, capaz de satisfacerse con las delicias de la más elevada poesía, y de interesarse por temas de espiritismo, de teosofía, viejas ediciones, autores clásicos. Por eso, su aparición en el firmamento poético causó infinita sorpresa aun a cuantos más de cerca le trataban. Desgraciadamente pasó con una fugacidad pareja a esa sorpresa.

El tema de los gitanos le atrajo siempre, a él dedicó largas lecturas y observaciones, y llegó al convencimiento de su estirpe faraónica. Cosa que expresa en estos versos dedicados al más gitano de los toreros, a Rafael **El Gallo**:

“Yo te he visto otra vez antes de ahora y fue en Egipto: en Luxor enterrado. Tu antiguo cuerpo estaba embalsamado con el barniz de cobre que lo dora”.

No fue, el clásico señorito ocioso y juerguista, sino el a c o m o d a d o señor andaluz, ocupado de su hacienda, enamorado de la vida del campo, con sensibilidad bastante exquisita para interpretar sus bellezas y nutrir con ellas su espíritu y que, llegada la madurez, vuelca en versos admirables todo cuanto su alma había ido decantando. Puede decirse que su vida se hacía verso, pero verso de auténtica solera popular, con toda su luminosidad, su hondura de sentimiento, su desgarró, su bravura, su majeza. Cantó a los más suyos, a los caballistas y a los bandoleros, con fidelidad y plasticidad insuperables:

“Remolina en el camino. Siete bandoleros bajan de los Alcores del Viso con sus hembras en las ancas. Siete caballos caretos, siete retacos de plata, siete chupas de caireles, siete mantas jerezanas, siete pensamientos puestos en siete locuras blancas. Tragabuches, Juan Repiso, Satanás y Mala-Facha, José Claudio y el Concerro y el capitán Luis de Vargas, de aquellos más naturales de la Vega de Granada”.

Son los **“siete de Ecija”** que marchan al asalto de la **“Diligencia de Carmona”**.

La musa torera, unida al sentimiento trágico del alma andaluza, le inspiró versos delicadísimos, como este romance en memoria del Espartero:

“Giralda, madre de artistas, molde de fundir toreros, dile al jiraldillo tuyo que se vista un traje negro. Malhaya sea PERDIGON el torillo traicionero. Ocho caballos llevaba el coche del Espartero.

Al evocar a Fernando Villalón con motivo de esa fiesta ofrecida en Jerez a Jean Cocteau, le imagino presente, vistiendo su traje campero,

GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne. Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

Gide y su infinita búsqueda de la armonía

por THOMAS MANN

Laureado con el Premio Nóbel, THOMAS MANN fue por más de medio siglo uno de los grandes maestros de la literatura mundial y el novelista más grande de la historia literaria de Alemania. Su novela *El elegido*, apareció en 1951, cuando tenía 76 años. La primera que escribió, *Buddenbrooks*, se había publicado cincuenta años antes. Acérrimo adversario del nazismo, partió de Alemania en 1933, fue a los Estados Unidos y adquirió la ciudadanía norteamericana, estableciendo su retiro en Zurich.

Cuando André Gide cumplió 72 años en 1941, existían alrededor de treinta libros que se ocupaban de él (según la bibliografía de Talvart y Place). A mayor abundamiento, había otros 150 que contenían largos ensayos sobre su obra, y aparte más de 500 artículos y reseñas dispersos en un sinnúmero de revistas. Este diluvio de literatura sobre un escritor contemporáneo, fuese admirativa, polémica o ambas cosas a la vez, era siempre de carácter emotivo y siempre delataba una preocupación y un aserto personales. En la última década, en particular cuando Gide pasó los 80 años,

y ahora que ha fallecido a los 82 (casi exactamente la edad de Goethe, uno de sus más caros preceptores), la inundación probablemente haya crecido.

Tocóle a Francia, por supuesto, la participación más activa en la investigación y examen crítico de la compleja y audaz vida de Gide, de su obra desafiante y retadora. La contribución de los Estados Unidos, a pesar del alto nivel de la crítica literaria de este país, ha sido pequeña; que yo sepa (y conste que no me fió mucho de mi ciencia), no se ha producido ninguna exploración importante del fenómeno intelectual de Gide —en lo que éste pueda ser acicate de la crítica— desde que la penetrante biografía de Klaus Mann vio la luz hace cosa de ocho años. Hoy, el libro de que me ocuparé aquí (*“André Gide”*, por Albert J. Guerard, 1951), compensará (seguramente por otros ocho años) todo lo que adeudan los críticos norteamericanos a este tema extraordinario. Albert J. Guerard, profesor asociado de inglés de la Universidad de Harvard, norteamericano de origen europeo, hombre de vasta erudición literaria, íntimamente familiarizado con las corrientes in-

telectuales francesas, comprende y torna comprensible el distanciamiento de los norteamericanos con respecto a un escritor que ha adquirido categoría de “capital contemporánea” en el curso de una vida que condujo con espléndida y escrupulosa franqueza.

“Ya no tratamos —dice— con un narrador a la usanza tradicional... A diferencia de Hardy y de Conrad, Gide ha sido un hombre de letras y un moralista explícito antes que un novelista y nada más... Pero el novelista (y el lector) norteamericano de hoy desconfía profundamente de semejante ductilidad e intimidad, de semejante pretensión intelectual. El novelista debe ser más bien un artesano, un relator impersonal y experto... El concepto de lo ejemplar en la función o el conflicto es ajeno a nuestro modo de pensar”.

Ahí se manifiesta la semejanza entre la vida cultural francesa o europea en general y la norteamericana, y exactamente tal como es problema global e intención general en Gide, así el libro de Guerard es un intento dedicado pura y únicamente al propósito de elevar los problemas más personales e in-

timos de Gide a la esfera universal, y viceversa, de “interpretar los dilemas públicos en los términos más personales”. Esto fue, por sobre todo, lo que hizo tan representativo a Gide. Y sin embargo Gide no lo habría sido sin poseer un talento que nadie precia tan alto como los franceses: si no hubiese sido un extraordinario virtuoso de la prosa, si no hubiese contado con un estilo único, capaz de todos los matices, y tan persuasivo que triunfó sobre los materiales más adversos.

Siempre es una feliz experiencia estética hallar un libro que iguale en acto y en esencia las virtudes de su tema. Guerard describe una vida que transcurría en duros aprietos; retrata a un hombre que ganó la batalla a la culpa y a la neurosis merced a la disciplina de su arte, para quien este arte se había convertido en el instrumento salvador que le daba el dominio de sí mismo, y para quien la lengua y el estilo se transformaron en el santo remedio de la anarquía interior.

De análoga manera, se precisa la inteligencia lúcida y ordenada del crítico sagaz para vencer las contradicciones y paradojas de la obra nacida de esa anarquía, y el libro de Guerard posee esta habilidad y la práctica. Su autor es precisamente el estilista que la tarea requiere. Francés americanizado a fondo, emplea su rico vocabulario para escribir en un inglés de suma flexibilidad que iguala hazaña con hazaña y le permite seguir los torturados retorcimientos de su tema, ya que es a la vez progenie e instrumento de la determinación el simplificar lo complejo y poner orden en el caos.

El volumen en que esto ocurre contiene primero un prefacio, salpicado de anécdotas personales, y luego cinco capítulos más o menos de la mis-

sombbrero ancho, jinete en su jaca, garrocha en puño. El poeta de Andalucía la baja no podía estar ausenta el día que, en su tierra, asisten del brazo un príncipe de la poesía y Su Majestad el Toro. Lo ha-

bía ya, de tiempo, anunciado en versos que semejan un juramento:

“La corrida del domingo no se cierra sin mi jaca, mi jaca, la marismeña, que por piernas tiene alas”.

Y, eso sí, estoy seguro que más de uno de los caballistas allí presentes, en el momento precursor del acoso, tuvo en su corazón y en sus labios aquellos versos suyos en que

están sintetizados la gloria y el orgullo del garrochista:

“Si no se me rompe el palo, aquel torillo berrendo no me hiere a mí el caballo”.

ma extensión. El primero es un estudio psicológico de "La crisis del individualismo" en nuestro tiempo, el segundo versa sobre las "Autobiografías espirituales" de Gide (libros como "El cuaderno de André Walter" y "Si el grano no muere..."); el tercero está dedicado a las novelas iniciales (especialmente a "El inmoralista") y el cuarto a las narraciones de los años posteriores, en particular a "Los falsos monederos".

El quinto y último capítulo ostenta el irónico título de "El corruptor de la juventud", inconfundible alusión al juicio de Sócrates, y muy apropiado, ya que a cada paso, el efecto "corruptor" de Gide —corruptor porque es moralmente inquietante y socava la tradición— trae reminiscencias de Sócrates y del confesionalismo radical-protestante de J. J. Rousseau. Corresponde, por así decirlo, a esta mística tradición.

Podrían haberse publicado las cinco secciones del libro

como ensayos independientes; sin embargo encajan unas en otras. Por ejemplo, "Si el grano no muere" es traído a colación en distintos lugares; el mismo motivo psicológico aparece una y otra vez, en nuevos textos y bajo nuevas luces, y así los capítulos terminan uniéndose en un todo intercomunicado, tal como la obra que interpretan, que duró toda una vida y que demuestra como pocas que lo que cuenta no es el libro aislado, aunque plantee una reclamación a lo definitivo, sino el "opus" en su totalidad. "Un libro aislado —dice Guerard con toda exactitud— puede salvarnos o corrompernos con sólo impartir su mensaje o encauzar determinadas energías. Únicamente una serie de libros tiene la probabilidad de revelar los contornos de una actitud y una imagen completa de nuestra era".

Las vastas apreciaciones de Guerard sobre la interesante personalidad de Gide —demasiado interesante, dirán algunos— no constituyen de ningún modo un panegírico; el

autor del libro es suficientemente norteamericano para repudiar la alabanza incondicional. Guerard critica. Y sus reparos tocan algo fundamental: las facultades puramente creadoras de quien motivó su estudio, a las que llama "intermitentes y endeble". Repetidas veces reconoce "lo desparejo de la realización de Gide como novelista", causado sobre todo por una subjetividad de índole particular "una introspectividad de talento e imaginación" y la resultante incapacidad para identificarse con mentes radicalmente distintas de la suya.

Advierte en Gide hasta cierta falta de talento para mantener vivas las experiencias de su juventud, y para recrearlas en su edad madura con frescura convincente. Por cierto que otros escritores han logrado dominar campos épicos más grandes, amoldar sus creaciones a la imagen de un cosmos más extenso y poblarlas de un mayor número de personajes vivos.

No obstante lo cual, Guerard, con toda razón, juzga al autor de "El inmoralista", "Los falsos monederos" y "Las cuevas del Vaticano", uno "de los novelistas más importantes de nuestro siglo, que ha modificado nuestras ideas y nuestra imagen del mundo moderno", y apoya esta declaración principalmente en "El inmoralista", que para él es la mejor novela de Gide y una de las obras maestras de la novelística contemporánea. Coloca a la obra inicial de Gide no sólo por encima de "Las cuevas del Vaticano", libro desenfadado y divertido sino por encima de "Los falsos monederos".

No me es fácil concordar con el juicio de Guerard, que, dicho sea de paso, contradice en forma algo humorística el hecho de que es "Los falsos monederos" el libro al cual dedica, en su cuarto capítulo, la interpretación más extensa, la pieza de virtuosismo que verdaderamente ejerce la crítica en el volumen. ¿No es "El inmoralista" de 1902 una no-



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegre dos veces.



vela primogénita de originalidad más bien marchita, cuya capacidad para el escándalo ha perdido mucho con el correr de las décadas, y cuyo título, inspirado por Nietzsche, asfixia al contexto con el peso muerto de su filosofía?

Y, después de todo, ¿no es "Los falsos monederos" la obra que desempeña un papel más importante que "El inmoralista" en la historia de la novela europea? Y el nombre de André Gide, novelista, ¿no sería mejor vincularlo con "Los falsos monederos", obra grande y experimental de un hombre que frisa en los sesenta? Hoy (y así viene sucediendo desde hace bastante tiempo) necesitamos más "sentido de la historia", más alejamiento de nuestra ciencia de la psicología —para no decir patología sexual— si queremos valorar la obra anterior.

Es cierto que, desde mucho antes que las conclusiones de Freud llegasen a hacerse carne en el público, la trama de "El inmoralista" anticipaba una visión íntima y completa del conflicto entre la vida consciente y la preconscious o subconsciente. Esa íntima y completa del conflicto entre la vida consciente y la preconscious o subconsciente. Esa íntima visión parte de la predisposición homosexual de Gide —que permaneció latente y mal comprendida por un tiempo sorprendentemente largo—, predisposición que ha sido fuente y raíz de su dinamismo moral, de su revolucionario repudio de todo lo tradicional y respetable y de toda seguridad conformista. Ella lo convirtió en un gran agitador y estremecedor, que a la larga habrá servido al progreso humano y que podría decir de sí mismo: "Perturbar, para eso estoy".

De manera admirable Gue-rard hace resaltar el dilema procreador básico que bulle en esta mente. Nos hace experimentar ese dilema, planteado entre un puritanismo heredado, jamás negado ni por negar, y la autoconservación de un impulso natural que se desvía de lo que comúnmente se llama "natural". Incapaz

tanto del hedonismo indiferente (que profesó en ocasiones y que hizo predominar en "Los alimentos terrestres") como de un puritanismo sin trabas, esa mente oscila —o juega— entre el reino del orden, que necesita desesperadamente, y el de la anarquía, que igualmente lo reclama. Hasta que al final compone con este mismo estado de oscilación la base de una nueva ética.

Merece observarse cómo domina el elemento ascético en una vida como la del Gide, que, de grado o por fuerza, se ha convertido en un precepto; porque semejante vida exige la autorrestricción incesante, la disciplina de la naturaleza básica de esa vida o de aquello que presuma que ese conforma a su naturaleza. Exige sacrificar el yo, abandonar la "autoestima" en el sentido de encontrar la paz en el singular modo de existir de uno, en el sentido de mantener una personalidad completa y sin doblez.

"El que ame su vida la perderá, pero el que la odie la ganará eternamente". "Si le grain ne meurt..." Estos son los lemas favoritos y repetidos de Gide, tomados de la Biblia. Sin conocer a Nietzsche, el inmoralista a fuerza de ser moral, Gide arribó al credo de que "la virtud exige su propio sacrificio". Antes de enterarse del fenómeno paralelo, más impresionante, del filósofo alemán, insistió en que tenía que "pervertir todo lo que le era querido", y lo mismo que en el caso de Nietzsche los perplejos espectáculos se preguntaron cómo podía salir con vida el que serraba la rama sobre la que se había sentado.

Pero ha salido con vida, y como artista ha creado aprovechando esta misma contradicción. No puede negarse que ensalzó mucha truhanería, mucha inclinación al fraude y a la mistificación, sublimándola en esa moral de tipo particular. Hay allí una demoníaca infidelidad, una tergiversación voluble y proteica, una evasión resbaladiza y una posición irritante que se niega a dejarse definir, y amarrar, y por último un deleitarse en

provocar a la buena gente seduciéndola con ideas para cuya posible perversidad el autor halla palabras igualmente convincentes.

Este travesear de duende implica, en realidad, una elevada sinceridad, una franqueza incondicional, y la inquietud intelectual que la mueve es bien diversa del relativismo de escépticos como Renán y Anatole France; es en el fondo una búsqueda sin fin de la verdad, y una presteza para sufrir la soledad de la libertad que podría llamarse heroica.

Allí se le brindaban al misero dos puertos y amparos del alma que han servido de escapatoria a muchos contemporáneos: el comunismo y la Iglesia Católica. Gide, cuyo natural necesita tanto comprometerse como ser libre del compromiso, experimentó con el comunismo por puro espíritu de rebeldía, y por corto tiempo, pero pronto descubrió que era "justificable sólo relativamente". Con frecuencia hizo alentar esperanzas a su

aflicto amigo Paul Claudel de que se convertiría al catolicismo; sin embargo, pese a ser cabal cristiano y tradicionalista a la vez que revolucionario, abrigaba una pronunciada aversión al catolicismo pragmático representado por el nacionalista Barrés.

Escribió "El hijo pródigo", que le ayudó, como dice Gue-rard, a evitar la verdadera conversión. Era religioso, pero encontró "inadmisible" el catolicismo e "insufrible" el protestantismo. Sabía cuán difícil es llevar a cuevas la libertad, pero por contrapeso de ese temor tenía el que le inspiraban las comodidades mentales, todo conformismo, el aflojamiento de las tensiones vitales y la perezosa sumisión a la autoridad. Siempre que se tentaba de sentir satisfacción, retirábase rápidamente a la espesura de su orgulloso y astuto individualismo; como hombre en soledad miraba de frente a la Esfinge y oponía su enigma al de ella.

Esto inspira infinita simpatía, y pese a que agrega a su

Espera el nacimiento de su hijo
con mayor tranquilidad y alegría

LA "CLINICA MATER"

Ofrece ahora a los futuros padres
planes de parto económico

Usted tendrá a su servicio a los Especialistas
en Obstetricia y Ginecología:

Dr. Max Terán - Dr. Marino Urpí

Y a las Obstétricas:

Doña Chepita Brenes - Doña Flora Bravo

Pida informes acerca de los diferentes planes
por medio de los Teléfonos:

1734 y 1770

personalidad unos cuantos rasgos caprichosos e irregulares —familiares para todos los que le conocieron— aun así despierta sentimientos fraternales. Su obra arremetía en favor del realismo y contra él; estaba henchida de empirismo y estimulaba al mismo tiempo un nuevo clasicismo, aunque apartado adrede del de los conservadores Maurras y Brunetière, tanto en política como en moral.

Dice Guerard de "Los falsos monederos" que éste es un experimento mucho menos radical que "Ulises" y no obstante al mismo tiempo menos realista. Con ajustada frase llama a Gide "radical cauto y conservador audaz", y precisamente esta combinación es la que me hizo confesar sentimientos fraternales.

La famosa "curiosidad" de Gide era tan poderosa en el dominio de la literatura como en el de la moral, y reportó a Francia considerables beneficios. Esa misma curiosidad ayudó a traspasar la Muralla China que hasta hace poco rodeaba la exclusiva y preciosa cultura de Francia. Gide insistía en que la tradición clásica francesa precisaba, más que otra cosa, renacer y rejuvenecerse por medio de energías tremendas y demoníacas, importadas de afuera, y como vigoroso propagandista de tales ideas dejó que el aire fresco penetrara por todas partes.

Sin Gide, los franceses quizás seguirían mirando a Dostoyevsky como un genio extraño e insondable. Y si Henry James parecía demasiado racional y distinguido, demasiado "francés" para beneficiar a Francia, la reputación de Conrad fue considerablemente acrecentada por la valoración de Gide. Los Estados Unidos tienen con él una deuda por los esfuerzos que hizo para llevar a Whitman y a Melville hasta el público francés, y si este público conoce hoy los nombres de Faulkner, Hemingway, Steinbeck y Caldwell, buena parte del mérito corresponde a la "curiosidad" de Gide.

A la inversa, el nombre, la

reputación y la influencia de Gide nunca se propagaron gran cosa en los Estados Unidos. Guerard aventura que esa situación debe cambiar; probablemente por eso escribió el libro. Creo que un "desmoralizador" de esta envergadura, intelecto destructivo pero controlado, que pone en tela de juicio todo preconceito y que sin embargo poseen un afecto natural por la tradición y el orden, sería muy provechoso a este país "de resabios puritanos y tendencia a pensar siempre por slogans". Pues sí; hasta declara que "difícilmente se podrá sobreestimar los beneficios que reportaría un Gide norteamericano".

No pueden menos que emocionarse las frases finales del autor, cuando alude a "la de-

cisión conducente y la ficción conveniente, el virtuoso racionamiento de los impulsos aplicados al poder de supervivencia, la ilusión de hipnosis colectiva" que la presión de los acontecimientos ha impuesto a este país, a su educación y a su gobierno en el lapso de pocos años.

Dice:

"Nos hemos vuelto pragmatistas en una escala monstruosa, y estamos mucho más cerca que lo que la gente cree del mundo imaginado por Orwell para 1984, en el cual "honradamente" se confunde lo que debiera ser con lo que es. La verdad del pragmatista (que Gide aborrecía más que ninguna otra cosa) ha llegado poco a poco a parecer más cierta que la realidad. El me-

canismo de la propaganda crece y se hace cada vez más poderoso, y con él aumenta nuestra capacidad para adularnos y engañarnos a nosotros mismos. Es difícil ver cómo aprenderá la gente joven, en los años que nos aguardan, a pensar con amor a la verdad antes que útilmente o con patriotismo. En ese mundo, podemos estar seguros de ello, habrá pocos desmoralizadores que combatan la radio, el periódico, el comunicado, el volante. Esos pocos quizá parezcan simples decadentes, y el mismo Gide pasará por producto de una cultura muerta y de una clase ociosa. Sin embargo, tal vez sólo esos pocos desmoralizadores nos salvarán".

(De *Literatura Contemporánea de Sur Buenos Aires*).



Una colilla mal apagada puede ser el comienzo de un pavoroso incendio, quizás con pérdidas de vida - No sea usted el culpable...

Apague siempre las colillas.

Departamento de Prevención de Riesgos



Instituto Nacional de Seguros

Poemas de Rodolfo

LIBERIA

Mi ciudad es blanca,
sencilla y risueña,
con olor a monte
y a flor de reseda.

Con calles muy blancas
y cielo azulado,
poblado de estrellas
y trinos de pájaros.

¡Mi ciudad tan blanca,
sencilla y risueña,
parece una moza
Vestida de fiesta!

LA ESPUMA DEL MAR

En el mar la espuma!
En el mar las olas!
En el mar los barcos
con sus marineros!

Con sus marineros
vestidos de blanco,
como si llevaran
un traje de espumas!

En el mar la espuma!
En el mar las olas!
En el mar los barcos
con sus marineros!

LA CANCION DEL AGUA

Cantarinamente!
Cantarinamente
por entre los valles
y entre las pendientes,
va cantando el agua
su canción eterna!

Su canción de vida,
su canción eterna,
de floridos campos
y de espigas plenas,
de arrullo en los nidos
y de trojas llenas!

Cantarinamente!
Cantarinamente
por entre los valles
y por las pendientes,
va cantando el agua
su canción de vida!

V I Ñ E T A :

Escribe: JOAQUIN ZALAZAR SOLORZANO

Rodolfo Salazar Solórzano, es un moderno poeta del simbolismo pampero; conoce a fondo los temas que desarrolla; y, sabe colocar, —en cada una de sus palabras—, la emocionada espiritualidad del guanacasteco.

Es un enamorado del mar; —terror de quienes han sentido su tragedia—, pero, olvidado su grandeza.

Su visión submarina, escudriña por su base los piélagos, las bahías y los cabos; el acre olor de las algas marinas, le trae remembranzas de mujeres amadas...

Conoce, las supersticiones secretas, de las gentes sencillas; y, con ellas, teje artísticas filigranas.

Vibra en su estro, el amor a los llanos en donde naciera; las flores humildes de las pampas, —de su tierra natal—, las lleva prendidas en el alma.

Estilista de la poesía: cultiva el metro libre, donde su nomen adquiere mayores proporciones. Sin embargo, cuando aplica el artificio de la rima, lo hace con habilidad de maestro; el lenguaje metafórico de sus poemas, es sencillo, —como los monolitos antiguos—, de sus antepasados.

Arquitecto del verso; cuyo genio se halla, —más bien—, en la idea y no en las palabras.

El agua es la rectora sublime de su espíritu poético.

POESIAS, es un libro idílico, —semejante a un espejo cinematográfico—, por el cual, discurre ante los ojos del lector, la abigarrada policromía de su Provincia: los toros, el sabanero, la vaqueta, los metates indígenas, trocados en auténtico lirismo.

Guanacaste, —Caja Musical de Costa Rica—, tiene ahora un magnífico poeta vernáculo.

LAS MARAVILLAS EL NIÑO DEL CIELO

Son monjitas amarillas
que se despiertan rezando
al canto de los jilgueros
en las mañanas de mayo.

Ya se han muerto sus amores!
Han sepultado sus ansias!
Mas los pétalos suspiran
con me caso... no me caso!

ARBOLES

Hay en mi potrero,
cerca de una loma,
un árbol de cedro
y otro de caoba.

Y juntito al río
uno de laurel,
donde se oyen trinos
al amanecer.

¡Arboles queridos
de madera fina,
que siempre los miro
lleno de alegría!

Por la "Vía Láctea
—sendero de espumas—
viene un niño bello
nacido en la Aurora.

Le guía "El Cochero"
su "Carro" de estrellas
y "Marte" le alumbró
de rojo el camino.

La madre le borda
su ropita blanca
con el diente agudo
de "La Osa Menor".

Lo hace con encajes
que "Venus" le dio
un lindo abrigo
para Navidad.

mientras le contemplan
muy fijos, muy fijos,
los claros "Ojitos
de Santa Lucía".

CHOROTEGAS

Nació junto al río.
Bogó en su piragua.
Con sus pies descalzos
despertó los trillos.

Agitó a los vientos
sus negros cabellos
y en las noches quietas
miraba los cielos.

Hoy tan sólo quedan
los ídolos rotos
de la raza fuerte
que luchó sin quejas.

Era un chorotega
de triste mirada,
que pobló los campos
de mi bella tierra.

MI ESCUELITA

Mi escolita es blanca
cual una azucena
y como ella tiene
su claro candor

Mi escolita es limpia
cual lirio del campo
y es suave y es buena
como una flor.

Por las mañanitas
cuando llego a ella
siento que me envuelve
como una oración

Y la campanita
canta dulcemente
cual si fuera el eco
de mi corazón.

BOTERO DEL MAR

Yo soy un botero!
Botero del mar!
Mi bote es de remos!
Me voy a remar!

Las blancas gaviotas
las miro volar!
Yo soy un botero!
Botero del mar!

LA TINAJA

¡Agua clara de la fuente
guarda siempre la tinaja!
¡Qué prodigio tan sencillo,
guardar agua clara siempre!

Salazar Solórzano

LA PLAYA DEL MAR

Yo voy a la playa!
La playa del mar!
Recojo conchitas,
conchitas del mar!

La playa es de arena!
De arena del mar!
Con los caracoles
me pongo a jugar!

EL VAQUERITO LOS PATITOS DEL BLANCO NIDAL

Por el caminito
lleno de neblina
se pierde el vaquero
arreando vacas.

Y envuelto en la sombra
de la lejanía,
su grito sonoro
se traga el camino.

La patita blanca
y el patito negro,
junto al arroyito
tienen un nidal.

Un nidal risueño
cual una casita,

con trozos de cielo
y rayos de luna.

El patito es Rey
del blanco nidal;
del nidal de plumas
junto al arroyito.

La patita es Reina
del nidal risueño,
y es cielo, y es luna
del negro patito.

EL AGUA ES LA MISMA

El agua que canta,
que canta en la fuente,
el agua es la misma
que en las nubes llora.

El agua que llora,
que llora en las nubes,
el agua es la misma
que en la nieve tiembla.

El agua que tiembla,
que tiembla en la nieve,
el agua es la misma
sólida del hielo.

El agua es la misma,
y es buena y es pura,
en fuente o en nube,
en nieve o en hielo.

LAS SIETE CABRITAS

"Las siete cabritas"
se van de paseo.
Se van de paseo
"Las siete cabritas"

Se van por los prados
azules del cielo.
Los prados del cielo
sembrados de estrellas.

Van juntas, muy juntas,
"Las siete cabritas"
"Las siete cabritas"
que van de paseo.

"Las siete cabritas"
se van de paseo.
Se van por los prados
azules del cielo.

EL OJITO DE AGUA

El ojito de agua
cristalino y puro,
llora dulcemente
sudor de montaña.

El ojito de agua
redondito y claro,
se vistió de blanco
para ir de paseo

Salta entre las rocas;
se esconde en las nubes,
y viste los campos
de verde alegría.

El ojito de agua
cristalino y puro
dulcemente llora
sudor de montaña!

EL MAR ES ASERRADOR.

¡El mar es aserrador!
¡Es aserrador el mar!
¡Con su sierra, sierra y sierra
sus serrines de cristal!

¡Va recortando bahías
con la sierra de las olas!
¡Va dibujando ensenadas
y preparando los puertos!

¡El mar es aserrador!
¡Es aserrador el mar!

¡Con su rosario de gotas
que se desgrana en la playa,
le da figura a las islas
y expresión a los cabos!

¡El mar es aserrador!
¡Es aserrador el mar!
¡Quién pudiera estar un día
aserrando con el mar!

LA POESIA ETERNA.—

A PHOCAS EL CAMPESINO

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes,
en apenas escasos meses de vida, tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienas..

Tarda en venir a este dolor adonde vienes,
a este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los Angeles, sueña bajo los Santos
que ya tendrás la Vida para que te envenenes..

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,
perdóname el fatal don de darte la vida
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas
renovando el fulgor de mi psique abolida.

RUBEN DARIO



La Literatura Mexicana y La Revolución

JOSE LUIS MARTINEZ

A mediados de 1950 se proyectó en México por primera vez un excepcional documental cinematográfico, **Memorias de un mexicano**, realizado por la escritora Carmen Toscano de Moreno Sánchez a base del riquísimo material que, con admirable sentido histórico y periodístico, había filmado su padre, el ingeniero Salvador Toscano, desde 1897 hasta la tercera década de nuestro siglo. Los personajes y los acontecimientos principales de la historia de México durante los años finales del régimen porfirista y durante todo el desarrollo de la Revolución Mexicana están vivos en esta crónica admirable. De las múltiples enseñanzas y revelaciones que nos ofrecen estas **Memorias de un mexicano** me parece que una de las más interesantes es la de demostrarnos, con la sencilla elocuencia de las imágenes, cuáles fueron los móviles profundos, humanos, del movimiento revolucionario de 1910.

En los desfiles militares y en las ceremonias oficiales de los últimos años del porfirato, el pueblo de México parecía forzado a una rigidez impresionante. Asistía ordenado e inmóvil a aquellos actos públicos y parecía ya resignado a ver sin azoro a los hombres del gobierno enfundados en la rígida simetría de sus trajes afrancesados y en el melancólico decoro de sus barbas y bigotes canos. Algún observador que recordara el gusto que siempre había mostrado el mexicano por el capricho y la libertad, en todos los órdenes de su vida, pudo haber pensado que había corregido ya aquellas inclinaciones y que

al fin el general Díaz había logrado imponer una sumisión a nuestro pueblo. Se hubiera engañado, ciertamente; porque aquellas severas y fúnebres levitas y sombreros altos, aquellas **barbas blancas** y aquella quietud del pueblo no podían ser los signos de un México entumecido también y que se sintiese cómodo en aquel orden generoso para los de arriba y sordo para las necesidades y las ambiciones de los de abajo. Eran, en cambio, los signos visibles de una persistente presión impuesta a su índole profunda y a su vocación liberal.

La explosión revolucionaria acaudillada por Madero mostraría hasta qué punto era ya intolerable para nuestro pueblo aquel régimen que quería imponerle una disciplina prusiana, una cortesía francesa y un gobierno dictatorial al uso hispanoamericano.

Era, pues, necesario rescatar nuestro estilo y nuestro destino propios. Y, reveladamente, los soldados surgidos del pueblo que van a pelear por la instauración de sus derechos cívicos y de la justicia social, volverán a vestirse con pintoresca arbitrariedad, atentos sólo a su gusto, a sus necesidades y a sus propias costumbres. Por ello cuando en **Memorias de un mexicano** vemos que los hombres que están haciendo nuestra historia visten de nuevo como había vestido siempre el pueblo, y que el público que presencia los desfiles manifiesta apasionada y tumultuosamente sus entusiasmos o sus repulsas, volvemos a tener la convicción de que México ha reempen-

dido su camino en busca de su autenticidad.

Un retorno semejante a éste que se operó en la vida mexicana, al advenimiento de la revolución, puede advertirse también en nuestras letras de aquellos años.

La literatura es un registro o una conciencia singularmente sensible de los fenómenos **profundos** que se operan en las sociedades: de su textura, de sus problemas y de sus sueños. La que se produjo en la época porfirista mostraba ya aquel conflicto sustancial que iría a desembocar en la Revolución de 1910 pues, contra lo que suele creerse, frente al Modernismo que, aparte de sus admirables valores literarios significaba descastamiento, frivolidad social, cosmopolitismo y **falsos refinamientos**, existió otra vigorosa corriente —representada principalmente por los novelistas de fines del siglo XIX— que conservó la lealtad a lo nacional y que se preocupó por la vida de nuestro pueblo. Al mismo tiempo, frente al coro de los panegiristas de la dictadura, se mantuvo para honra de nuestra conciencia cívica, otra corriente ideológica en pro de los derechos cívicos y de la justicia social, que se manifestó no solamente en reflexiones sociológicas y en el periodismo político, sino también en algunas obras literarias: novelas, cuentos y dramas en los que se denunciaban las opresiones que sufrían los humildes y se satirizaban los procedimientos políticos de la dictadura.

Cuando el gobierno del general Díaz gastaba sus últi-

mas pompas en la celebración del centenario de la independencia, en 1910, y se fraguaba en las conciencias inconformes la lucha por una nueva independencia cívica, una generación literaria y filosófica, la conocida por el nombre de la agrupación que la congregaba, el Ateneo de la Juventud, iniciaba también otra revolución de índole cultural. Sus héroes habrían de serlo de la cultura: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, entre muchos otros, y sus conquistas más importantes —el espiritualismo filosófico, la disciplina crítica, la modernidad universal y la preocupación valorativa de la propia cultura— habrían de transformar decisivamente el tono y el contenido de la cultura mexicana y habrían de constituir sus bases en el período contemporáneo.

Durante los primeros años de la revolución, digamos entre 1913 y 1920, nuestra literatura sufrió fatalmente las consecuencias de la guerra civil. Nuestros escritores no permanecieron extraños a la crisis social y política de su pueblo; algunos volvieron nostálgicamente los ojos al pasado —como ocurrió con el movimiento “colonialista”— o se aislaron o huyeron hacia otras tierras más propicias a su tarea, pero muchos otros dejaron llegar a su obra los fulgores de la conflagración y aun, como en los casos de Vasconcelos y Guzmán, participaron en la revolución misma. En otros casos, el impacto de la Revolución es más indirecto pero no menos visible. La poesía de Enrique González Martínez, por ejemplo, ha sido considerada como una voz salvadora que propuso un retorno al espiritualismo y a la contención moral como meta salvadora en medio del naufragio; y en los versos de Ramón López Velarde, la “*íntima tristeza reaccionaria*” lo hizo volver a su provincia hollada y transformada por una revolución que al fin lo condujo a un entendimiento más íntimo y entrañable de la patria.

Pero en la obra de otros escritores, singularmente los

novelistas, la Revolución influyó directamente y les proporcionó un asunto de excepcional interés y dramatismo para sus creaciones. De hecho, la Revolución Mexicana comenzó a novelarse desde sus primeros años, pero con razón suele considerarse a **Los de abajo**, de Mariano Azuela —cuya primera edición es de 1916— como la novela que inicia, con grandeza y calidad literaria, el ciclo de obras llamadas genéricamente “novelas de la Revolución”. Pese a su importancia y a su condición de obra ejemplar dentro del género, **Los de abajo** había permanecido ignorada hasta que en 1924 una polémica literaria llamó la atención sobre ella y promovió una corriente de atención de parte de nuestros novelistas hacia el tema de la Revolución, por entonces ya concluida. Desde aquel año en que se “descubrió” la obra maestra del doctor Azuela hasta 1938, aproximadamente, aparecieron las obras principales de este ciclo de novelas

de la Revolución que darian fama, además de Mariano Azuela que proseguiría su obra, a Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Rafael F. Muñoz, José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno y Cipriano Campos Alatorre, entre los más notables.

Dentro de la corriente general de resurgimiento de la novela hispanoamericana, ocurrido a partir de estas décadas, México contribuyó con una de las aportaciones más originales y vigorosas: las novelas inspiradas en la Revolución. Ningún otro recurso mejor que éste pudo encontrarse para mostrar al mundo el temple y el espíritu de nuestro pueblo y su oscura e indomable decisión de conquistar su libertad y su justicia. El solo aspecto anecdótico de estas novelas, la crónica que ellas contienen de las hazañas de los caudillos y de los hombres que los seguían, constituye una rica galería épica de tan alto valor humano como las más ilustres de la

literatura universal. En estas novelas maduraba, pues, la expresión nacional y autónoma de nuestra literatura, en cuanto en ellas se manifestaba, en su aspecto lingüístico y en su índole espiritual, lo que puede llamarse el estilo de un pueblo. Y aún en su forma misma, estas novelas abandonan a menudo los esquemas y la retórica de la prosa narrativa europea y crean sus propias formas, en las que se mezclan la biografía y la historia noveladas con la ficción pura; en las que la profundidad y el dramatismo se alcanza por revelaciones fugaces de las conciencias y en las que se muestra la eficacia de los peculiares recursos que posee el pueblo de México para expresar su ser radical. Esta expresión tan auténtica y poderosamente nacional determinó que las novelas de la Revolución mexicana alcanzaran pronto una calurosa acogida en Europa y en los Estados Unidos. En pueblos remotos se divulgó una imagen colorida y violenta de nuestra vida que promovió, aún desde tan extremosa perspectiva, el aprecio por nuestra literatura, el conocimiento de México y la justificación y la comprensión de nuestra empresa revolucionaria.

Este ciclo novelesco recogió, pues, la galería episódica de la Revolución y expresó, con fuerza original, el estilo del pueblo que luchaba por conquistar su libertad económica y cívica. Pero sus autores, por otra parte, no siempre se mostraron de acuerdo con el desarrollo de la Revolución misma o con sus consecuencias prácticas, y no es extraño encontrar en sus obras el desencanto, la requisitoria y, tácitamente, el desapego ideológico frente a una Revolución cuya realización efectiva es tarea que aún persiste.

Más si aquellos novelistas que habían participado en la lucha armada o que habían sido sus testigos se mostraban por lo general poco dispuestos a alentar la marcha real del espíritu revolucionario, los escritores de la generación siguiente tomaron para sí esta tarea. Nuestros nove-

listas de la Revolución prescindían del espíritu de aquella lucha para sólo atenerse a sus peripecias; la nueva generación de escritores “de contenido social”, por el contrario, abandonarían la episódica revolucionaria para insistir, sobre todo en las ideas y en los conflictos que esas ideas provocan. De la temática de la vida militar y de los hechos de armas se pasará ahora a la temática de la vida campesina, obrera y de los bajos fondos de la ciudad, es decir, al proletariado, tanto para abominar de las clases privilegiadas que condicionan estas existencias miserables. Es la época de la literatura y del arte “al servicio del proletariado”, que se extenderá desde 1938 hasta una década más tarde. La nueva corriente literaria era la consecuencia de un natural proceso evolutivo y estaba, por otra parte, de acuerdo con las ideas sociales entonces dominantes. Sin embargo, nuestra literatura proletaria no llegó a producir obras de la significación y de la calidad de las novelas de la Revolución, acaso porque su contingente mayor lo formaron escritores improvisados que, atentos sólo a trasmutar los géneros literarios en manifiestos políticos y en prédicas sociales —en que importaba sobre todo la pureza ideológica—, carecieron del talento necesario para crear obras literarias perdurables con sus convicciones políticas y sociales.

Junto a estas huellas más importantes de la influencia de la Revolución mexicana en la literatura, es necesario recordar que se produjeron también poesías, obras teatrales, ensayos y obras históricas en las que se reflejaba la Revolución y el espíritu revolucionario o se valuaban su sentido y sus realizaciones. Por otra parte, escritores anónimos y casi siempre de origen popular dedicaron numerosos “corridos” a exaltar las hazañas o los acontecimientos memorables de la lucha revolucionaria. Su estilo directo y expresivo, dramático y picaresco era el que había surgido en nuestra poesía popular del siglo XIX; pero en los “corridos” se expresaba aho-

I. C. E.

Así como el ICE tiene un pasado, tiene también un presente y un futuro. Porque al ser una Institución viva, que se proyecta hacia el país confirmando día con día su razón de ser, debe proceder a la explotación acuciosa de los recursos eléctricos con miras a la prestación de un servicio que garantice a los costarricenses la realización de su ideal.

El futuro del ICE es la consecución de su planeamiento, que determina los caminos y metas para llevar a cabo entre otras cosas:

- Llenar las necesidades eléctricas del país para impulsar su desarrollo, porque la electrificación no es un fin en sí, sino un medio para dar campo a la industria, a la civilización productiva y a la cultura.
- Aprovechar los recursos hidroeléctricos del país que son abundantes, pero no de tal magnitud que no obliguen a llevar a cabo su aprovechamiento en forma racional y sin despilfarro alguno, con amplia visión del aprovechamiento integral futuro.
- Suministrar la energía eléctrica sin finalidad de lucro y únicamente como medio de fomento de las actividades productivas del país. La oferta de energía debe preceder a la demanda. Los precios de venta deben ser al costo y estables dentro de los mayores lapsos posibles.

El presente del ICE es el desenvolvimiento de sus trabajos, empeños y proyecciones con miras a alcanzar su futuro.

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

Himno a la Materia

TEILHARD DE CHARDIN

Benditas seas, áspera Materia, gleba estéril, roca dura, tu que cedés sólo a la violencia y nos obligas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violento, indomable pasión, tu que nos devoras si no te encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, irresistible evolución, realidad siempre renaciente, tu que haces estallar a cada momento nuestros límites y nos obligas a perseguir siempre más lejos a la verdad.

Bendita seas, Universal Materia, Duración sin límites, Eter sin orillas, triple abismo de las estrellas de los átomos y de generaciones, tu que desbordando y disolviendo nuestras estrechas medidas nos revelas las dimensiones de Dios.

Bendita seas, impenetrable Materia, tu quien, extendida por todas partes dentro de nuestras almas, y el Mundo de las Esencias, nos haces languidecer del deseo de sondear

el Velo sin costura de los fenómenos.

Bendita seas, mortal Materia, tu que te disociarás dentro de nosotros, nos introducirás por la fuerza en el corazón mismo de lo que ES.

Sin Ti, Materia, sin tus ataques, sin tus desgarros, viviríamos inertes, estancados, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios. Tu, quien magullas y tu que curas, tu que resistes y que te doblas, tu que trastornas y que construyes, tu que encadenas y que liberas, savia de nuestras almas, mano de Dios, carne de Cristo.

Materia yo te bendigo y te saludo, no como te describen, reducida o desfigurada por los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud, del montón de fuerzas brutas o de apetitos bajos; más tal como te me apareces hoy día en la plenitud y la Verdad.

Yo te saludo universal Poder de acercamiento y de unión en donde se reúnen la

multitud de nómadas y en la cual convergen todos, en el camino del Espíritu.

Yo te saludo armoniosa ciudad de las almas, cristal límpido de donde saldrá la nueva Jerusalén.

Yo te saludo, Centro divino, cargado de poder creador, océano movido por el Espíritu, arcilla amasada y animada por el Verbo Encarnado.

Pensando obedecer a tu irresistible llamada, los hombres se precipitan por el amor a ti, en el abismo exterior de

goces egoístas. Un reflejo los engaña o un eco.

Yo lo veo, ahora.

Para alcanzarte Materia, se necesita partir de un universal contacto con todo lo que se mueve aquí abajo, sentir poco a poco desaparecer, desvanecer entre nuestras manos las formas particulares de todo lo que tenemos, hasta llegar cogidos, con la única esencia de todas las consistencias y de todas las uniones. Es necesario si deseamos tenerte, que te sublimemos en el dolor, después de haberte tomado voluptuosamente entre nuestros brazos.

Tu reinas Materia, en las alturas serenas, donde los Santos se imaginan que pueden evitarte, carne tan transparente y tan móvil, que no te distinguimos de un Espíritu.

Llévame arriba, Materia, por el esfuerzo, la separación y la Muerte; llévame donde sea al fin posible, besar castamente el Universo.

(Traducción de V. de Perrin)

Envío de

Salvador Jiménez Canossa

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centro América y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

Para sus suscripciones,
CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora
Chimalpopoca 34, México D. F.

ra, con sencillo patetismo, la crónica anecdótica de aquella lucha en que nuestro pueblo había peleado para conseguir que la libertad y la justicia fueran también para él.

La Revolución mexicana encontró en la literatura una de sus más firmes y constantes aliadas. En las letras aparecieron las primeras simientes ideológicas de aquel movi-

miento social y, cuando sobrevino la lucha, nuestras letras iniciaron no solamente su propia revolución intelectual sino que expresaron y exaltaron poderosamente la heroica empresa de nuestro pueblo. Pero esta profunda y viril lealtad a la causa democrática tuvo también su recompensa, ya que, gracias a ella, la literatura mexicana conquistó su madu-

rez y logró algunas de sus obras más hermosas y originales. Pienso que el maestro Ignacio M. Altamirano, que predicaba con tanta constancia en el último tercio del siglo XIX la necesidad de esta solidaridad entre la literatura y el pueblo —que es como decir entre las más sencibles antenas de nuestra conciencia y nuestra propia realidad y nuestro propio destino—, hu-

biera presentado este triunfo de las letras mexicanas, aliadas a las causas populares, con el más íntimo entusiasmo y como un ejemplo que ilustrara la profunda verdad de su prédica que nos enseñó a ser leales a nosotros mismos.

Junio de 1960.

(“De Combate”)

Moby Dick

EL EPISODIO QUE INSPIRO A MELVILLE SU NOVELA

Por JOSE LUIS GONZALEZ

Muchas veces un hecho intrascendente ha sido punto de partida para la creación de una obra maestra de la literatura. Así, por ejemplo, la lectura de un suelto periodístico inició en la mente de Stendhal el proceso imaginativo que culminó en *El Rojo y Negro*. Más frecuente, sin embargo, en el caso de los novelistas, es la creación a base de la acumulación de experiencias directas o indirectas que luego cristalizan en la obra de arte. A veces se combinan ambas formas. Un recorrido por los llanos de Venezuela y el conocimiento de un personaje de especial atractivo psicológico, dieron a Rómulo Gallegos los elementos necesarios para la elaboración de *Doña Bárbara*. Lo importante en el arte, desde luego, es la elaboración, no el material. Con todo, y deja de ser interesante el conocimiento de aunque sólo sea por su valor anecdótico, no los hechos que sirvieron de punto de arranque para la creación de una gran obra.

Pocas objeciones levantaría la afirmación de que *Moby Dick* es la mejor novela americana —americana en el más abarcador sentido geográfico— de todos los tiempos. Con ella, por vez primera y de manera insuperable, alcanzó el género estatura universal desde las nuevas tierras. La mayoría de los lectores hispanoamericanos de *Moby Dick* y otras novelas de Herman Melville saben que el escritor neoyorquino fue tripulante de barcos balleneros en su juventud. Saben que la fa-

miliaridad de Melville con los detalles técnicos de la pesca de la ballena fue el resultado de una experiencia directa. Pero pocos, posiblemente, conocen el episodio real que "inspiró", por decirlo así, algunos de los pasajes más dramáticos de *Moby Dick*, señaladamente los tres últimos capítulos que narran la lucha de la tripulación del *Pequod* con la ballena blanca. Dicho episodio fue uno entre los muchos que indudablemente utilizó Melville para documentarse. No le atribuímos significación especial alguna por lo que se refiere a la grandeza artística de la novela; y sólo nos interesa narrarlo como detalle interesante en la fábrica de una creación genial.

El primero de agosto de 1819, cuando Herman Melville contaba apenas 12 días de nacido, zarpó del puerto de Nantucket, en Nueva Inglaterra, el barco ballenero *Essex*, de 238 toneladas, avituallado para dos años y medio de travesía. Su capitán George Pollard Jr., y sus segundos Owen Chase y Matthew Joy, encabezaban una tripulación de veinte hombres, seis de ellos negros.

Un año y tres meses después, el 20 de noviembre de 1820, justamente al sur del Ecuador, a los 119 grados de longitud oeste, en un día de calma y poco calor, el *Essex* fue embestido por la proa por una enorme ballena de veintiocho metros de largo. La tremenda avería producida por el ataque del cetáceo hizo

que la embarcación se hundiera rápidamente. Sus veinte tripulantes, a bordo de tres botes, propusieron ganar la costa suramericana, a 2.000 millas de distancia (aunque la isla de Tahití se hallaba mucho más cerca, existía por aquel entonces el temor de que sus habitantes fuesen caníbales). Llevaban 200 libras de pan en cada bote, 65 galones de agua y varias tortugas de las Galápagos.

Los primeros sufrimientos serios comenzaron una semana después del naufragio, cuando los hombres cometieron el error de comer pan que había sido mojado por el agua del mar. A fin de aliviar la sed que esto les produjo, mataron una tortuga para beber su sangre. El espectáculo los hizo vomitar.

En las primeras semanas de diciembre, sus labios empezaron a agrietarse e inflamarse, y sus bocas se llenaron de una saliva glutinosa y de sabor insoportable. Sus fuerzas menguaron de tal modo, que se vieron obligados a ayudarse entre sí para satisfacer las más elementales necesidades fisiológicas. Pronto comenzaron a alimentarse de los caracollillos que se adherían al fondo de las embarcaciones. Cuando algún pez volador tropezaba con las velas de los botes y caía dentro de éstos, se lo tragaban crudo.

Al cabo de un mes, en mar abierto, vino a sacarlos de su desesperación la vista de una pequeña isla que tomaron por la Ducie, pero resultó ser la

Isabel. Las corrientes y los vientos los habían desviado mil millas de su ruta. Después de una larga búsqueda, encontraron agua en la isla: un pequeño manantial del que sólo podían extraer el precioso líquido cuando la marea bajaba, pues al subir lo cubría con dos metros de agua de mar. Veinte hombres no podían sobrevivir en la isla, y en un intento por llegar a tierra firme antes de que se les agotaran las últimas provisiones sacadas del *Essex*, 17 de ellos se hicieron nuevamente a la vela el 27 de diciembre.

Los tres que se quedaron —Thomas Chapple, William Wright y Seth Weews— buscaron refugio en unas cuevas entre las rocas. En una de ellas hallaron ocho esqueletos humanos, lado a lado en la misma posición, como si se hubiesen acostado para morir juntos. Toda la alimentación de los tres hombres la constituía una especie de mirlos que cogían dormidos en los árboles y cuya sangre chupaban. Con la carne de los pájaros y unos pocos huevos mascaban una planta con sabor a lepidio que encontraron entre las grietas de las rocas. Así lograron sobrevivir hasta que un barco los recogió.

Los tres botes con los diecisiete naufragos restantes navegaron juntos hasta el 12 de enero, cuando durante la noche, el que mandaba Owen Chase, primero de a bordo en el *Essex*, perdió contacto con los otros dos. Ya para entonces había muerto uno de los hombres, el oficial Matthew Joy. Su cadáver fue echado al mar el 10 de enero.

Pero cuando Charles Shorfer, uno de los seis negros, sucumbió en el mismo bote de Joy, los tripulantes de las dos embarcaciones se lo comieron. Dos días más tarde se comieron el cadáver de Lawson Thomas, negro también. Otros dos días después murió un tercer negro, Isaac Shopperd, y su cuerpo sirvió de alimento a los sobrevivientes. Los cadáveres fueron asados en fuegos que se hicieron sobre

la arena que servía de lastre en el fondo de los botes.

Dos días más tarde, el 29 de enero, durante la noche, el bote que había mandado Matthew Joy desapareció y nunca más se supo de él, ni de los tres hombres que lo ocupaban.

En el bote del capitán, ahora sólo, quedaron cuatro hombres. El quinto, Samuel Reed, negro, falleció el día antes, había sido comido por sus compañeros. Al cabo de tres días, estos cuatro hombres, calculando la distancia que los separaba de la costa, decidieron confiar a la suerte dos decisiones tremendas: una, quién debía morir para que los demás vivieran; y otra, quién debía matarlo. Perdió el más joven. Owen Coffin, que hacía su primer viaje como grumete para aprender el oficio que era tradicional en su familia. Lo mató de un tiro Charles Ramsdale y se lo comieron todos.

Eso sucedía el primero de febrero. El once falleció Brazilla Ray, y los dos que quedaban se comieron su cadáver. Estos dos —el capitán Pollard y Charles Ramsdale— fueron recogidos el 23 por el barco ballenero Daurin, al mando del capitán Zimri Coffin.

Los hombres que ocupaban el tercer bote, al mando del primero de a bordo Owen Chase, resistieron más tiempo los apremios del hambre. Su primer muerto, Richard Patterson, negro, recibió sepultu-

ra en el mar el 20 de enero. Sin embargo cuando Isaac Cole murió el 8 de febrero en medio de terribles convulsiones, Chase se vio obligado a proponer a los otros dos sobrevivientes que se lo comieran. Primero separaron las extremidades del tronco y cortaron toda la carne de los huesos. Luego abrieron el cuerpo, sacaron el corazón, cerraron nuevamente el cuerpo, lo cosieron, tan bien como pudieron y lo echaron al mar.

Bebieron la sangre del corazón y se lo comieron, junto con otro poco de carne. El resto de la carne lo colgaron, en tiras delgadas, para que se secase al sol. Hicieron un fuego en la arena del fondo del bote y asaron parte de la carne para comerla, al día siguiente. Pero cuando despuntó el nuevo día descubrieron que la carne puesta a secar al sol se había dañado, adquiriendo un color verdoso. Hicieron otro fuego para asarla y evitar que se perdiera del todo. Vivieron de ella los próximos cinco días, sin tocar los restos de su provisión de pan. La carne ingerida les permitió recobrar parte de sus fuerzas. El día 14 ya podían dirigir débilmente el bote con un remo.

Para el día 15 no quedaba carne, y los tres hombres sólo disponían de dos galletas. Las extremidades se les habían inflamado durante los dos últimos días y empezaron a producirles fuertes dolores. Calcularon que aún les faltaba navegar 300 millas para ganar la costa.

El día 19, a las 7 de la mañana, fueron rescatados por el bergantín Indian, de matrícula londinense y mandado por el capitán William Crozier.

Veintiún años más tarde, el 1841, Herman Melville, haciendo la travesía del Pacífico a bordo del Acushnet, escuchaba de labios de los marineros más viejos la historia del Essex. El segundo de a bordo del Acushnet, un mister Hah, había navegado durante seis años con Owen Chase, comandante por entonces del ballenero Charles Carrol, de Nantucket. A fines de 1841, el Acushnet se cruzó en alta mar con el Charles Carrol, y Melville tuvo a Chase ante su vista por unos minutos. No pudo conversar con él, y nunca más volvió a encontrarlo. Pero ya anteriormente, el Acushnet se había cruzado con otro barco de Nantucket,

y en aquella ocasión Melville conoció a un marino de dieciséis años, hijo de Owen Chase. El joven le obsequió un ejemplar del libro que su padre había escrito sobre su terrible aventura: Relato del extraordinario y doloroso naufragio del ballenero Essex, de Nantucket; el cual fue atacado y finalmente destruido por una gran ballena spermoceti, en el Océano Pacífico. Por Owen Chase, de Nantucket, primero de a bordo de dicha embarcación. Londres, 1821.

El ejemplar, en cuyos márgenes hizo Melville multitud de anotaciones que ligan el naufragio del Essex con los mencionados pasajes de Moby Dick, es en la actualidad una joya bibliográfica que posee el coleccionista de rarezas literarias Pere Brown.

(Del Tiempo de Bogotá)



ESCUELA INTERNACIONAL DE BELLEZA Y ARTES FEMENINAS SALON DE BELLEZA "MAY FLOWERS"

AVISA

Que ya puede matricularse para los nuevos cursos de Belleza - Peluquería - Peinados - Modistería - Alta Costura - Decoración de hogares - Cocina - Repostería - Decorado. Etc. Cursos rápidos, fáciles y modernos. Profesora especializada en Universidad de Houston Texas y estudios hechos en las mejores Escuelas de Belleza Americanas. Infórmese hoy mismo por los teléfonos 4917 - 7229 - 4201. Edificio Trejos Montealegre, 100 varas Norte Banco Central ó 100 Oeste Farmacia Físchel.

Se enseña capacidad profesional. Reciba su título de la mejor y responsable escuela. Estudie con confort y elegancia. Escuela y Salón en 2º piso.

Gabriela Mistral

o la Madre-Maestra cantora

(Ensayo biográfico)

por MAGDALENA SPINOLA

CHILE

"...Algo como una síntesis del planeta se cumple en la geografía de Chile. Empieza en el desierto que es comensal con la esterilidad que no quiere hombres; se humaniza en los valles de la zona de transición; se hace hogar pleno para la vida en la zona del agro absoluto; toma una heroica hermosura forestal en el remate del continente como para acabarlo dignamente y se desmenuza al fin ofreciendo a medias la vida y la muerte en un mar que vacila entre su dicha líquida y su dicha búdica de hielo eterno".

(Gabriela Mistral).

La república de Chile debe sentirse orgullosa por haber concebido en su seno a la figura femenina más recia e indiscutible de hispanoamérica. Su labor alcanzó dimensiones gigantescas, porque así lo permitieron su inspiración, su talento y su corazón. Escribió, enseñó y amó. Trajinó por Europa y América, proyectando su sombra luminosa en los demás, a la par que representaba a su patria dignamente. Su verbo rico y ennoblecido encendió fervores con sus plurales expresiones. Así adquirió prestigio y acumuló laureles. Quién como ella para cruzar el mundo cantando y enseñando. El agua que sirve mientras llena de murmullos el campo que la rodea.

Anduvo por muchos caminos. Muchas veces se hundió en el vapor lechoso de espacios dilatados. Los barcos viajeros la condujeron sobre el inmenso azul del mar al que cantó, enamorada de él, en diferentes tonos. La mitad de su vida la consagró a Chile; la otra

mitad la fue dejando en los países que visitaba, como una abanderada del verso, como un cónsul sin sede, como una madre-maestra aureolada con la luz de su amor por la niñez. Su espíritu de niña grande se identificaba con los de los niños para poder abreviar en sus pocitos de agua transparente. Era la compenetración de la brisa con el aroma de las flores.

Entre su raíz vasca y su fronda indiana se contradecían las savias de su árbol maravilloso. Era áspera y dulce. Humilde y orgullosa. Simple y complicada. Ni ella misma podía definirse. Ansiaba desentrañar su alma para conocerla. Un día escribió en su diario íntimo:

"Tarde empiezo este diario. Piense con dolor en tanto día ido del que no quedó una huella ni en mi memoria ni en mis versos; seres que han pasado por mi vida sin que yo dejara su huella en mi recuerdo, dulces algunos, todos dignos del aroma de un recuerdo. Y por esto pienso, aunque tarde, comenzar este diario; por eso y por algo más: por conocer mi propia alma..."

Indudablemente era un alma señorial que, abrazada a la tierra, soñaba con cosas superiores...

Gabriela Mistral, tierna, vigorosa y profunda en la conformación de su ser, acaso heredó tales atributos de su provincia de Coquimbo, esa que se extiende entre los Andes y el Pacífico: por un lado la cordillera desafiando el firmamento con su "puño de hielo"; por el otro, una inmensa llanura líquida que se postura ante la "carne de piedra de la América".

VALLE DE ELQUI

"El valle de Elqui: una tajadura heroica en la masa montañosa, pero tan breve, que aquello no es sino un torrente con dos orillas verdes. Y esto, tan pequeño, puede llegar a amarse como lo perfecto. Tiene perfectas las cosas que los hombres pueden pedir a una tierra para vivir en ella: la luz, el agua, el vino, los frutos y ¡qué frutos! Lengua que ha probado el jugo de su durazno y boca que ha mordido su higo morado, no será sorprendida en otro por mejor dulzura. En el valle de Elqui, un derramamiento de pueblecitos; es el valle, mirado desde lo alto, una especie de collar roto: son las aldeas con su treintena de casas blancas, veladas por los árboles. Nombres españoles y nombres indios: Montegrande, Coguaz..."

(Gabriela Mistral)

En la calle Maipú, marcada con el número 759, se eleva

**Duérmete, Lucila, que el mundo está en calma.
Ni el cordero brinca, ni la oveja bala.
Duérmete, Lucila, que cuiden de vos,
en tu cuna un ángel, en el cielo Dios.**

**Duérmete, Lucila, ojitos de cielo,
mira que tu madre también tiene sueño.
Ángel de la Guarda, házmela dormir,
para que a su madre no la haga sufrir.**

**Ángel de la Guarda, cuidame este lirio,
que mañana al alba rezará conmigo...**

Don Jerónimo Godoy Villanueva era un maestro que se ganaba la vida dando clases en las escuelas. Pero más que maestro era un poeta que improvisaba versos con la mayor facilidad. Más que padre de familia arraigado en un

una casa de humilde apariencia, convertida hoy en monumento histórico, y en cuya fachada hay una placa de bronce donde se lee:

**AQUI NACIO GABRIELA
MISTRAL EL 7 DE ABRIL
DE 1889.**

Dicha casa es visitada por los turistas que llegan a la ciudad natal de la cantora chilena. A la vista hay un libro de recuerdos, abierto para aquéllos que desean plasmar un pensamiento, o simplemente escribir su nombre.

Cuando Gabriela Mistral vino al mundo, Vicuña era apenas un poco más que una aldea. Después fue elevada a la categoría de ciudad. Allí nació accidentalmente. Ella contaba:

—Yo nací en Vicuña por casualidad. Mi madre tuvo miedo de dar a luz en el pueblecito de La Unión, donde mi padre era profesor de la escuela. A caballo fue trasladada a Vicuña, y allí nació el 7 de abril de 1889.

Gabriela Mistral, hija de don Jerónimo Godoy Villanueva y de doña Petronila Alcañaga, fue inscrita en el Registro Civil con los nombres de Lucía de María Godoy Alcañaga.

El estro poético lo heredó de su padre. Igualmente la vocación de maestra y su ansiedad de viajar. Los primeros versos que escuchó fueron escritos por el autor de sus días, así como las Canciones de Cuna que su madre le cantaba:

hogar, era un gitano que plantaba su tienda en cualquier parte. Un caballero andante del siglo XIX que llevaba el signo de Minerva y el distintivo de Apolo. Golpeado por los vientos de la inclemencia, se consolaba así mismo, creyen-

do ver en su hija una promesa alentadora. Por eso le cantaba:

**Oh dulce Lucila, que en días amargos,
piadosos los cielos te hicieron nacer,
quizás te preparen, mi niña querida,
el bien que a tus padres no quieren ceder.**

Un día toma el báculo del peregrino, escribe unas líneas y se va a hollar tierras lejanas. Al marcharse de su hogar, quizás con un verso en los labios y una lágrima en los ojos, se deja llevar por el vendaval de su temperamento inquieto. Al principio se mantiene en contacto con los suyos, pero las cartas empiezan a escasear. El silencio se alarga por semanas, luego por meses, después por años, y a la postre, indefinidamente.

Gabriela, al referirse a su padre, solía decir:

—Mi recuerdo de él podría ser amargo por la ausencia; pero está lleno de admiración por muchas cosas tuyas, y de una ternura filial que es profunda.

Y como para justificar su conducta, agregaba:

—Así somos los Godoy: vagabundos de alma. Queremos vagar, mirar, conocer. ¡El mundo es tan bello!

Doña Petronila Alcayaga,

**¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!**

* * *

Lucila ingresa a la pequeñísima escuela de Vicuña. Es una niña excesivamente tímida y callada, lo cual da lugar a lo que Gabriela llamó más tarde "su dramita". La directora le había encargado el reparto de los cuadernillos de papel a las alumnas; pero ellas, aprovechándose de la debilidad de carácter de la niña, se los arrebatában de las manos cada vez que cumplía su cometido. Dese ese modo, el papel se agotó antes de tiempo, y Lucila fue acusada de ladrona. Su timidez la amordazó. Fue incapaz de defenderse y protestar.

Sus primeros años infantiles parecían estar marcados con un troquel que le quemaba la carne de su alma. Otros dos hechos la impresionaron dolorosamente. Una maestra

unida en segundas nupcias a don Jerónimo Godoy, tiene una hija de su primer matrimonio. Es dieciocho años mayor que Lucila. Se llama Emelina Molina v. de Barraza. Perdió a su esposo y a una hija que, no sólo tenía la misma edad de Lucila, sino un gran parecido con ella. De ahí, su devoción por la niña de ojos claros, taciturna y hermética. Emelina es maestra como su padre, y al abandonar éste su hogar, toma bajo su protección a la madre y a la hermana. Gabriela siempre reconoció las excelencias de aquella mujer solícita y sufrida. Lo expresaba en voz alta, henchida de gratitud:

—Cuanto sé y quien soy se lo debo a mi abnegada hermana Emelina. Ella me educó en la casa, robando horas a su descanso. Por eso, al escribir mi poema, La Maestra Rural, dibujé con mis versos su figura:

declaró que la niña era tonta. Al devolverla a su casa, aconsejó que no la dedicaran a ningún trabajo intelectual. En cierta ocasión la apedrearon en la plaza de su pueblo.

Lucila cobra aversión al colegio.

Afortunadamente, Emelina es nombrada profesora de la escuela de Montegrande, villa situada en el valle de Elqui, al norte de Vicuña. En vista de ello, abandonan el lugar y se dirigen a Montegrande. Montegrande llegó a ser el sitio preferido de Gabriela. La niña parece reaccionar. Vuelve al camino de las letras y aprende el silabario. Tiene cinco años de edad. Sin embargo, continúa siendo una chica esquiva, refractaria a los juegos y amante de los libros. Su niñez la colma un mundo de sueños fantásticos.

En Montegrande, pues, se deslizan los años más felices de su vida. En el declinar de su existencia los añora con una dulce embriaguez:

—Montegrande es mi rincón en el valle de Elqui. Recuerdo su única calle frondosamente arbolada, y el Cerro del Fraile que se alzaba frente a mi hogar...

Es indudable que en Montegrande, influida por las circunstancias casuales o causales que intervinieron en su formación, adquirió el sentimiento místico que predominó en su obra literaria. Oigamos sus razones:

—Cuando yo era muy niña, conservaba viva aún, a mi abuela paterna. Era una mujer ancha, vigorosa, físicamente parecida a mí. Decía mi padre, que su madre era capaz de leer el futuro en las estrellas. Yo sólo sé que era una mujer enigmática, silenciosa. Se mantenía casi constantemente reclusa en su dormitorio. Mi madre me ordenaba todos los crepúsculos que fuera a hacerle compañía. Recuerdo aquellos atardeceres en mi pueblo de Montegrande, plenos de una nitidez muy tibia. Mi abuela estaba sentada en un sillón rígido, y yo lo hacía en una banqueta de mimbre. Ella me alargaba su Biblia, muy vieja y muy ajada, y me pedía que le leyera. Siempre me la entregaba abierta en el mismo sitio, en los Salmos de David. Durante años leí y releí aquellos versos maravillosos. Aquellos poemas de vigorosa sonoridad y hondura poética. Al comienzo, sin entender lo que decían, repitiendo como un loro balbuciente; después, sintiendo infiltrarse en mi espíritu la poderosa cadencia y fuerza de aquellos símbolos. Entonces, bebiendo la sabiduría milenaria del libro Sagrado, hice de la Biblia mi libro predilecto. Y desde entonces, como no encuentro en las oraciones corrientes la belleza y armonía de aquellos salmos, rezo con los versos de nuestro padre David —como decía mi abuela. Y también a esto se debe, quizás, el que mis propios versos tengan cierto sabor bíblico.

El tiempo amontona días y meses. Lucila cuenta doce años de edad. Su vida se ha deslizado en el campo. Su

aprendizaje lo ha hecho en escuelitas rurales, bajo la vigilancia y con la ayuda de su hermana. La naturaleza, pues, y los campesinos, son los que le imprimen su sello de hermosura y sencillez. Gabriela siempre reconoció en ella esa influencia poderosa:

—Me crié en el campo hasta los doce años, y aún persiste en mí eso que llamo "ruralidad".

La varilla mágica del verso ha tocado su frente.

¿La primera vez que su creación lírica la sorprende, siendo apenas una niña?

Gabriela se refiere a eso en una oportunidad:

—No lo sé con precisión. Me veo escribiendo siempre. Pero supongo que comencé a hacerlo alrededor de los diez años. Mi hermanastra Emelina, muchas años mayor que yo, recogía mis papeles y los rompía, argumentando que me distraían de los estudios. Pero mi madre salía en mi defensa, diciendo: —Déjala, ya que ella se entretiene así...

Lucila tiene que partir de Montegrande, en vista de que sus estudios lo exigen. Aquello le causa una pena infinita. Lo confirma la expresión siguiente, cuando en la tarde de su vida es como un alarido de su alma:

—Fui dichosa hasta que estuve en Montegrande. Después ya no lo fue nunca más...

Lucila marcha a Vicuña en compañía de su madre, quien la inscribe en la Escuela Superior de dicho lugar para que curse el sexto año de primaria.

Al paso de los días, la niña se aburre excesivamente, al comprobar que no aprende nada nuevo en la escuela. A veces sabe más que la maestra, debido a que se instruye por su cuenta con un afán que no decae. Es una autodidacta que se prepara para la lucha por la vida en el campo magisterial.

Su numen poético sigue manifestándose y aguijoneándola. Lo comprueban sus cuadernos de deberes. Son los balbuceos de su alma soñadora. Los iniciales acentos de su espíritu cantor, ya tembloroso ante el pórtico que conduce a la Belleza.

La maestra la reprende con frecuencia y la castiga dura-

mente por escribir "frases incoherentes" a las que ella denomina "versos".

Aquella niña que más tarde impresionaría al mundo des-

de la alta cima de su inspiración, le dedica unos versos a su amiga y compañera de estudios, Dolores Molina:

**Me encontraba en la pradera
pensativa, triste y sola,
vi un ángel hermoso y era
la muy candorosa Lola.**

**¿Quién eres tú, niña hermosa,
virgen de púdica risa?
Eres cual fragante rosa
que es mecida por la brisa.**

**En prueba de mi amistad
te envío estos versos hoy.
Ordena y siempre mandad
a mí, Lucila Godoy.**

* * *

Corre el año de 1904. Lucila ha cumplido quince años. Está en lo mejor de la vida; pero la vida no le ofrece ni halagos ni blanduras. Por eso se ve obligada a batirse con ella para arrancarle sus ventajas. Tiene que sostenerse a sí misma y a su madre.

Aunque no había hecho estudios secundarios ni poseía un título que la acreditara como maestra, enseña las primeras letras a los niños, en una escuela rural de La Compañía, villorrio próximo a Viña.

Al año siguiente pasa a la escuela rural de La Cantera, poblado provinciano, situado en las inmediaciones del puerto de Coquimbo. Allí continúa enseñando las letras a los niños. Además, "inventa" —según el decir de Gabriela— una escuela nocturna para adultos, la que instala en su propio domicilio. Empieza a afirmarse en ella su amor por los campesinos, por los humildes, por los plebeyos en general. Se ha creado entre gente de esa levadura, y por eso se identifica con ellos. Los ama por buenos, por puros, por sufridos; porque son los seres que están, como los niños, más próximos a Dios.

Lucila estudia mucho en aquel ambiente de pobreza y soledad. Asimismo, escribe bastante. Su numen ya no es sólo sombra inquieta. Ha tomado forma y consistencia. Es hondura de pensamiento. Profundidad de sentimiento.

Comienza a enviar sus pro-

ducciones literarias a "El Coquimbo" de La Serena, capital de la provincia de Coquimbo. Sus escritos tienen muy buena acogida en las columnas del periódico. De ese modo y a distancia, empieza a conquistar amigos intelectuales. Es admirada por la gallardía de su pluma y la pureza de su estilo propio.

Lucila es una muchacha alta y delgada. Tiene los ojos verdes, y en ellos, una indecible languidez. Su cabello tira al color de las espigas maduras. Su sonrisa es fascinante. Plácido su rostro. Contemplativa y soñadora.

El amor enciende la primera llama en su corazón. Conoce a Romelio Ureta, un empleado del ferrocarril. Traba amistad amorosa con él, cuando va a recoger su correspondencia a la oficina de la Estación. Aquel romance, sin que lo sospeche Lucila, es a manera de un plinto sobre el cual se asentará la estatua de la gloria de Gabriela.

Aquella muchacha lee continuamente. Los libros la embelesan. Entre sus autores predilectos figura Vargas Vila. Se siente atraída por él, subyugada. Tanto es así, que en cierta ocasión le confiesa a un profesor de literatura al que la ligan nexos de amistad:

—El arte me fue revelado en la persona de un libro, de un libro adorable de aquél que es mi maestro y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones: Vargas Vila.

Tal admiración la confirma cuando, en el mes de junio de

1907, escribe en el periódico "Penumbas" de La Serena, refiriéndose al autor de Las Rosas de la Tarde: "...Te llaman loco. Es cierto. Tienes la locura sublime y adorable del genio"

Lucila marcha en compañía de su madre a La Serena, donde desempeñará el puesto de inspectora en el Liceo de Niñas de dicho lugar. Además, va a impartir las clases de higiene, dibujo y labores de mano. A la directora le disgusta el nombramiento, porque aquella muchacha no le inspira confianza, sino más bien recelo y aversión. El hecho de que colabore en "El Coquimbo", periódico de credo liberal y que tiene el sambenito de ateo, la recomienda muy mal, según su enano criterio. Sus rancias ideas y su corta visión no le permiten ver claro el horizonte en que se mueve la joven luminosa que se ha salido de la órbita común.

Lucila sufre en aquella atmósfera de sorda inquina. Finalmente, la directora urde una trampa malévolamente que la separa del plantel.

La ingratitud la hace eruirse con nuevos bríos, en vez de apabullarla. Al quedar sin empleo, solicita una beca para proseguir sus estudios en la Escuela Normal de Niñas de La Serena. Pero para concedérsela tiene que someterse a un examen. Sus desvelos en el estudio dan su fruto. El resultado de la prueba es brillante. Ya tiene el camino expedito para seguir su carrera en seguimiento de un título. Mas, cuando va a matricularse, el profesor de religión de la escuela se opone abiertamente a que sea inscrita como alumna. Su razón la expone con dureza:

—Sé que la niña es inteligente. Esto es lo malo. Por eso, de acuerdo con el apostolado que defiendo, me opongo a que esta muchacha libertaria ingrese como alumna interna a esta escuela donde, por lo demás, el 99% del profesorado piensa como yo y no comulga con el espíritu libre de esta joven que sólo sabe escribir versos.

Así se le cierran las puertas de la Escuela Normal de La Serena. Tampoco esta nueva rozadura quiebra sus alas. Al

contrario, aviva sus deseos de tocar otras puertas en climas más benignos.

Está por terminar el año de 1909. Lucila cuenta veinte años. Allá en Coquimbo, la capital de la provincia del mismo nombre, su exnovio Romelio Ureta se atraviesa las sienes con un tiro de revólver, el 27 de noviembre. Ya nada lo unía a Gabriela, aparte de un dulce recuerdo de noviazgo. El romance con ella había terminado hacía tiempo. Iba a contraer matrimonio con otra. Tal vez ese hecho hizo escribir a Gabriela:

**El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino,
pasa una canción.
¡Y el va amando a otra
por la tierra en flor!**

Lucila se dirige a Santiago de Chile con el objeto de conseguir un examen de competencia en la Escuela Normal número 1, y lo logra, gracias a la influencia de su amigo, el destacado poeta y escritor Víctor Domingo Silva. La calificación que obtiene es en extremo satisfactoria, y ello hace que la acrediten como Maestra de Educación Primaria y Secundaria.

Inmediatamente le extienden un nombramiento. Va al Liceo de Niñas de Traiguén, al sur de Chile, como inspectora general y profesora de historia y castellano.

Ese es el punto de partida de sus andanzas docentes. Laborando como maestra cruza la república de Chile en su longitud y en su anchura. La queman los soles de las regiones desérticas como Antofagasta. Se oprime de frío y desaliento en la Patagonia. Allí escribe, inspirada en el paisaje meridional:

**"La bruma espesa, eterna,
para que olvide dónde me ha
arrojado la mar en su ola de
salmuera. La tierra a la que
vine no tiene primavera: tiene
su noche larga que cual madre
me esconde..."**

Va a Los Andes, al centro de Chile, en la parte alta del valle de Aconcagua, entre la cordillera nevada. Allí reside seis años. De nuevo se dirige

al sur, a la provincia de Magallanes, vecina al continente Antártico. En seguida la trasladan a Temuco, ciudad situada al pie de una colina donde se ha dejado un precioso resto de la selva virgen araucana.

La rueda del tiempo gira incesantemente. Primavera y otoños. Rosas y nubes. Recuerdos y esperanzas.

¡Diez años de continua labor para Gabriela, en comunión con el suntuoso panorama de la naturaleza y arrostrando los rigores de los climas más variados!

El 14 de mayo de 1921 se funda en la capital de Chile, el Liceo de Niñas número 6 de Santiago, y Gabriela Mistral asume la dirección.

* * *

El nombre de la maestra y poetisa ha traspasado las fronteras patrias. El gobierno de México la invita a que vaya a su país. La idea es del maestro José Vasconcelos, ministro en ese entonces de Educación Pública. Conocedor de los méritos y de las capacidades pedagógicas de Gabriela Mistral, solicita su colaboración para que lo ayude a organizar los planes de reforma educacional de su país. Ella acepta sin vacilar. En junio de 1922 es investida con una comisión oficial del gobierno de Chile, y se dirige a la república azteca.

En México es recibida como huésped de honor. Desde un principio empieza a trabajar con afán desmedido. Recorre casi todas las ciudades y pueblos mexicanos. Por cuenta del gobierno de ese gran país, va a Norteamérica y a Europa. Visita universidades, claustros, bibliotecas y escuelas. A su regreso, el pueblo mexicano la aclama calurosamente. Su contrato con el ministro de educación ha terminado, y se dispone a regresar. La despiden con gran pompa y significativas muestras de cariño. En el Parque de Chapultepec, cinco mil niños cantan sus rondas para darle su adiós...

El gobierno insiste en que Gabriela no se vaya, pero ella

ambiciona retornar a Chile. México, en reconocimiento a su labor, da a una escuela el nombre de la inolvidable maestra. Además, le erige un monumento en la calle Palsalville, en el que Gabriela aparece de cuerpo entero, sentada en una silla.

Es el año de 1925. Al salir de México, visita Argentina, Uruguay y Brasil. En los tres países recibe muestras de admiración y simpatía. Llega a Chile en demanda de reposo, y en el regazo patrio descansa fugazmente de sus trajines por el mundo. En ese año jubila como maestra.

En 1926 la Sociedad de las Naciones la nombra Jefe de la Corporación Intelectual con residencia en Fonteneiblauf.

En 1927 representa a la Asociación de Profesores de Chile en el Congreso de Educación de Locarno (Suiza).

En 1928, el Consejo de la Sociedad de las Naciones la designa para un cargo en el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo, creado en Roma.

En 1930-1931 visita nuevamente EE. UU. del N. y recorre en peregrinación artística y de estudio, las Antillas y Centroamérica.

En 1932 inicia su carrera consular. El gobierno de su país la nombra cónsul en Nápoles. Al año siguiente es trasladada a Madrid.

El 24 de septiembre de 1935, el gobierno de Chile obtiene del Congreso la promulgación de una ley creada especialmente para Gabriela Mistral, a fin de que la poetisa desempeñe permanentemente el cargo de Cónsul de Profesión, como una recompensa a su labor cultural desarrollada durante sus viajes. Ella podrá elegir su residencia en el clima que convenga a su salud. Sólo se le pide que escriba...

América y Europa la acogen temporalmente, ufanas de cobijarla bajo sus cielos. La cantora errante, enclava su tienda en Lisboa, Niza, Niterói, Petrópolis, Rapallo, Ná-

poles Santa Bárbara (California), Veracruz, Los Angeles, Nueva York... Allí cierra sus ojos el 10 de enero de 1957. Allí se estanca su voz... Allí quedan sus sandalias peregrinas...

* * *

Su obra literaria es vasta, recia y profunda. El primer libro que publicó cuando radicaba en México, se intitula *Lecturas para Mujeres*. En 1923 se da a la estampa en Nueva York, bajo el patrocinio del Instituto de las Españas, su obra *Desolación*. En 1924 se edita en Madrid, Ternura. En 1938, la Editora Sur de Buenos Aires, publica *Tala*. La autora decía respecto a este libro:

—Tala es mi verdadera obra. Mucho más interesante que *Desolación*. Es la raíz de lo indoamericano.

A Tala le siguió *Lagar*, un tomo de poemas variados. Aparte de esos libros, están sus *Recados*, a los que logró infundirles un carácter muy propio. Son prosas que se refieren a temas muy diversos. Además, dejó una obra inconclusa que estuvo escribiendo durante veinte años: el *Poema de Chile*. Sus artículos desperdigados en periódicos y revistas, son incontables. Algunos de ellos muy famosos por su contenido social. En 1950 escribió *La Palabra Maldita*. Aquello provocó un estremecimiento en América. Se refería a la paz de la que el mundo estaba ansioso, después de las dos guerras que lo devastaron y aturdieron.

* * *

Sus triunfos literarios saltan de lo corriente. Es la mujer que culminó en el éxito y fue objeto de las más altas distinciones.

En diciembre de 1914, con motivo de los Juegos Florales organizados en Santiago de Chile, obtiene la *Flor Natural* por sus *Sonetos de la Muerte*. Es su primer paso hacia la consagración. Más tarde, México le otorga el Premio Amé-rica. En 1945 es recibida en el Palacio Real de Estocolmo. El Rey Gustavo de Suecia le

adjudica en nombre de la Academia Sueca de Literatura, el Premio Nobel. La U.M.A. (Unión de Mujeres Americanas) de Nueva York, la declara *Mujer de las Américas 1946*. En 1951, Chile la agracia con el Premio Nacional de Literatura.

En 1954 visita su tierra por última vez, respondiendo a una invitación de su gobierno. La recepción que se le hace es apoteósica. Entre otros honores que se le tributan, la Universidad de Chile abre sus puertas solemnemente para honrarla. Es la primera vez que la Facultad de Filosofía y Educación, concede el título de Doctor Honoris Causa. En octubre de ese mismo año, la Universidad de Columbia la distingue con el mismo título. La ceremonia se verifica en la Catedral de San Juan El Divino.

* * *

Se necesitaría de mucho espacio de papel para seguir apuntando las excelencias de quien sin patrimonio ni dorida estirpe, llegó al triunfo por los caminos difíciles, alcanzando con su figura de maestra y su verbo altamente sonoro, la extensión de un continente.

No puede morir quien se significó en la vida, antes que todo, por su amor a la niñez, a la gente del pueblo, a los desamparados, a los indios.

Madre, maestra y poeta, nos ha dejado un legado precioso en sus libros y con su ejemplo: perseverante en el estudio y el trabajo, animosa en la derrota, humilde en la grandeza.

No se equivocó cuando dijo ungida de fervor sagrado, hundiendo su raíz espiritual en la zona misteriosa del Silencio:

“No, creo que no he de perderme tras la muerte. Ni fría ni desamorada me parece, como a los otros, la muerte. Páreceme más bien un ardor, un tremendo ardor que desgaja y desmenuza las carnes para despeñarnos caudalosamente el alma”.

Editorial Costa Rica

Una noche, ella estrujaba con timidez en sus manos febriles, una maravilla: la copia de su libro LA RUTA DE SU EVASION, ganador del premio 15 de Septiembre, de Guatemala. Con su voz de contralto, la pasión de lo vivido y la urgencia de una catarsis, nos lo leyó completo en varios lapsos. ¡Y nos prendió el embrujo! Para mí, el hechizo fue más grande que el ejercido años atrás por su primicia: POR TIERRA FIRME y por unos capítulos de su DE AHORA EN ADELANTE. Entonces... brotó en mí el impetu de comunicar... Estábamos en la Vieja Guatemala. Después de una conferencia en la que me referí a su obra, Yolanda cavilaba... quería persuadirme: mis conceptos eran dictados por mi amistad. Discutimos cordialmente. Leí dudas... oscilaciones en su línea autoestimativa. Y, a quemarropa, le manifesté:

—Te duele mucho la indiferencia de coterráneos a quienes aprecias.

—Quizás sea esa una verdad inconfesada! —replicó para dar enseguida otro giro a la conversación.

—Yo me conformaría con tu luminosidad. Además, no te perdonan el valor que tienes para ser tú... para mantenerte en la batalla de defender tu potencial específico, aunque para ello debas sufrir, lacerarte, acumular angustias... La gran mayoría que vegeta en la sumisión infraanimal, cobra un precio exorbitante a quienes se libran de lo que Horacio llama el "servum pecus".

—Tú combates en el mismo frente y no, te hieren como a mí...

—Es muy obvia la razón: yo carezco de tu impulso érgico, de tu magnificencia. Y en cuanto a hermosura...

La aparición súbita de unos amigos rompió el hilo. Más tarde, en una epístola me confiaba.

"Como sabes, me interesa sobremanera que mi libro, LA RUTA DE SU EVASION, se lea en Costa Rica. Y que lo lean no sólo las personas selectas que tú y yo podríamos mencionar, sino el público raso, para ver cuál es, en mi tierra la reacción de éste".

Yolanda Oreamuno partió del valle de lágrimas cuando yo me encontraba al otro lado del mar. Se le tributaron varios homenajes. ¿Por qué son así muchos costarricenses notables? ¿Por qué en vida le escatimaron, silenciaron o negaron rotundamente las bien conquistadas alabanzas a ella y a Margarita Esquivel? Los mediocres y los de pacotilla se organizan para darse bombo y de ahí que en este país, sean ellos los que prosperen hundiéndolo cada vez más. El naufragio humano, que decía Mallea.

Siempre me ponía a meditar un hecho iterado con énfasis: la exaltación que personas inteligentes y sensibles hacían de la belleza y de la prestancia de Yolanda. Al fin, deduje y comprobé: esos encomiadores fervientes colocaban así un velo grueso y oscuro sobre la autora espléndida.

Tomado de: "YOLANDA OREAMUNO en mi recuerdo eviterno" de Lilia Ramos.

La EDITORIAL COSTA RICA publicará los trabajos de YOLANDA OREAMUNO.

Pedimos la cooperación de quienes posean material que pueda incluirse en esta obra nos lo envíen para que esta publicación sea en verdad un homenaje a la eximia escritora.

El Concurso que abrió la EDITORIAL COSTA RICA para el diseño de su viñeta distintiva quedó cerrado el veintiocho de febrero a las dieciocho horas.



En él participaron varias personas y sus trabajos fueron conocidos por el Comité de Selección y el Consejo Directivo.

El señor Carlos Manuel Poveda Quirós fue declarado ganador del concurso y se le hizo entrega del premio ofrecido. El señor Poveda presentó a la Editorial catorce diseños diferentes habiendo resultado elegido un motivo indígena: aguila chorotega, cuyas alas estilizadas, al curvarse por encima de su cabeza, aprisionan las siglas de la Editorial.

Brújula Quieta

El grupo de teatro del Conservatorio Castella, prepara bajo la dirección del escritor Alfredo Sancho, el montaje del magnífico poema de Juan Ramón Jiménez, "Platero y yo". La adaptación de esta obra a la escena está siendo hecha por el poeta Sancho Colombari.

Asimismo se nos ha indi-

cado que el grupo teatral del Banco Nacional de Costa Rica trabaja afanosamente bajo la dirección de Sancho, en el ensayo de una nueva obra teatral que pronto presentará al público.

Salvador Jiménez Canossa está en estos momentos arreglando la presentación de un nuevo libro de poesía en el

que ha venido trabajando desde hace algún tiempo. Es también muy satisfactorio anunciar que Mario Picado Umaña prepara otro libro de cuentos y muy pronto dará a esta revista su colaboración, pues nos tiene prometidos un grupo de poemas de su última cosecha.

Nos complace anunciar pa-

ra fecha muy próxima un cuento original e inédito para BRECHA, del poeta Alfredo Cardona Peña que aparecerá pronto en su libro "Fantasía Contada" que será editado en la ciudad de México.

Gonzalo Chacón Trejos nuestro ilustre colaborador, nos ha entregado para su publicación otra de sus interesantes tradiciones costarricenses. Esta vez la que publicaremos se titula: "El ardid Amoroso de Quirós". Chacón Trejos se distingue entre los escritores costarricenses por su forma clara, simple y original de escribir. Es en verdad interesante toda su producción, la mayor parte de ella, de temas relacionados con nuestro pasado histórico, recogiendo

su pluma, la poesía que encierra el recuerdo de los hechos que pertenecen a la tradición de nuestra pequeña patria.

PREMIO ALBERTO BRENES CORDOBA: La Junta Directiva del Colegio de Abogados deseosa de promover la producción de obras jurídicas de valor en el país, ha dispuesto crear un Concurso Anual entre los abogados asociados al Colegio que llevará el nombre del ilustre jurista nacional Licenciado Alberto Brenes Córdoba.

La Asamblea Extraordinaria celebrada en enero aprobó— en principio— el plan que le propuso la Directiva, así como la erogación de los fondos para cubrir el premio que se otorgue. Ahora la Directiva ha aprobado ya la reglamentación que preparó el compañero Rodolfo Yglesias y será distribuida a todos los colegas para su información.

La idea es otorgar cada año, con motivo de la Semana del Abogado, un premio que se denominará "Alberto Brenes Córdoba", a la mejor obra inédita y original que escriba algún abogado costarricense durante al año anterior. El concurso se cerrará en diciembre del año anterior y durante los meses de enero a abril, un Jurado especial integrado con representantes de la Directiva de la Corte Suprema, la Universidad, el Comité Consultivo y un experto en Lengua Castellana, dará su fallo en forma inapelable. Además la obra premiada y algunas de las otras participantes que lo merezcan podrán ser publicadas por el Colegio a expensas de éste. El premio en dinero consistirá en ₡ 5.000.00.

Es la esperanza que en esta forma el interés por escribir verdaderas obras jurídicas de valor se promueva en el país y se enriquezca así nuestra literatura jurídica nacional y la investigación dentro de nuestra Ciencia.

El ambiente cultural que la censura ha originado en España respecto a cualquier índole de intereses y representaciones culturales, ya sean libros, obras teatrales o exhi-

biciones cinematográficas, aumenta en tensión y gravedad. Noticias recientes de Madrid confirman tal hecho. En efecto, los intelectuales y artistas españoles, previa excusa por el "paciente y prolongado silencio que han venido observando en espera de que semejante situación se remediase", han decidido patentizar su descontento y, con tal objeto, cerca de doscientos de dichos intelectuales y artistas, en una carta-protesta dirigida a los ministerios de Educación Nacional e Información y Turismo, hicieron ver que semejante censura es causa de que la cultura española "ofrezca en el plano internacional un espectáculo de precariedad, propia de una cultura poco evolucionada, lo cual constituye un lamentable contraste con la rica tradición cultural española".

El *New York Times Book Review* publicó, en su número correspondiente al día 6 de noviembre de 1960, una carta en la que el conocido crítico francés Claude Mauriac, escribe: "Por difícil que sea creerlo, se debe enfrentar la realidad. Nunca los hombres de letras se han interesado menos en la literatura que en este momento, en París. El principio de esta nueva temporada no se parece a ninguna otra; los premios de fin de año, que cada otoño son normalmente el tema de interés general, en los círculos periodísticos e intelectuales, hasta ahora no interesan a nadie... No es exagerado decir que, en este otoño, casi no se escriben y menos se publican obras de ficción, sino manifiestos. Pues los autores franceses, al considerarse responsables de lo que se hace y se deja de hacer en Argelia, en nombre de Francia, sienten la necesidad de disociarse expresamente de lo que condenan". Comenta luego el nuevo libro de Jules Roy sobre la guerra de Argelia, libro que cada día cobra excepcional interés en todas las partes.

Bailarinas de Costa Rica, entre los dieciocho y los treinta años de edad, han sido invitadas a participar en el primer concurso organizado por la Asociación Carioca de Ar-

te Internacional de Ballet de Río de Janeiro, el cual tendrá lugar en aquella gran ciudad el próximo mes de julio.

De conformidad con la comunicación e invitación que se recibieron en el Departamento de Organismos Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores, para solistas e integrantes de cuerpos de baile, se ofrecen premios de mil dólares y contratos para diez presentaciones auspiciadas por la Organización de las Sociedades Brasileñas de Arte.

Bajo los auspicios de la **Unión Panamericana**, se celebró en Washington del 22 al 30 del próximo mes de abril el II Festival Musical Interamericano con la participación, de famosas orquestas, coros y destacados solistas.

Fueron ejecutados doce conciertos en el nuevo teatro de la Universidad de Howard, en la Biblioteca del Congreso y en el Salón de las Américas en la Unión Panamericana. Las orquestas y grupos musicales que tomaron parte son las siguientes: La Orquesta Sinfónica Nacional de Washington; la Orquesta Sinfónica de Toronto; la Orquesta Sinfónica Nacional de México; la Orquesta Filarmónica de Rochester; el Cuarteto de Cuerdas Claremont; el Coro de la Universidad de Howard; y el Coro de los Madrigalistas de México.

Entre los solistas figuraron William Warfield, John Sebastián y Paul Matthen de los Estados Unidos; Pia Sebastiani de Argentina, Mario Miranda de Chile; Rafael Puyana de Colombia; Yara Bernette y Joao Carlos Martins del Brasil; Mary Simmons del Canadá; y Raquel Adonaylo del Uruguay.

Hace cien años —cumplidos en el pasado mes de enero— nació en la ciudad de Taganrog, en el sur de Rusia. Anton Chéjov. Su obra —tanto la narrativa como la dramática— no ha perdido vigencia; por el contrario, se lee y se comenta con más ansiedad que en vida del autor. La revista **Índice** —Madrid, núm.

135, abril de 1960— reproduce tres cartas suyas que aclaran su posición en la vida, frente al arte y sus opiniones acerca de algunos escritores significativos. En octubre de 1889, le escribe a Alexis Pleshtcheiev a propósito de un relato que Chéjov envió a su corresponsal: "Yo temo a aquéllos que entre líneas buscan la tendencia y quieren infaliblemente ver un liberal o un conservador. No soy ni lo uno ni lo otro, ni progresista, ni monje, ni indiferente. Me gustaría ser un artista libre, he aquí todo, y lamento que Dios no me haya dado la fuerza de serlo. Detesto la mentira y la violencia bajo todas sus formas".

Confiesa a V. A. Tinojov— febrero de 1892— que su "escritor predilecto es Tolstoi". En marzo de 1894 le dice a A. S. Suvorin: "La moral de Tolstoi ha dejado de conmovirme, y ya no tiene mi adhesión: esto es, ciertamente, injusto. Hay en mis venas sangre de mujik y no se me asombrará con sus virtudes. Desde mi infancia he creído en el progreso y no hubiera podido ser de otra manera, ya que entonces me azotaban y ahora no me azotan. Yo apreciaba la inteligencia, la vivacidad de espíritu, la cortesía, y me resultaba indiferente —cuando hubiera debido serme desagradable— ver a las gentes atar sus cuerdas a los pies y sentir el olor de sus calzados. He sufrido la influencia de la filosofía tolstoiana durante seis o siete años; ella se me imponía menos por las teorías generales, que yo conocía desde hace mucho tiempo, como por la manera en que eran expresados. Es-



taba hechizado. Ahora me he repuesto. La sensatez y la justicia me dicen que la electricidad y el vapor aportan mayor bienestar al hombre que la abstinencia. La guerra es un mal. El hecho de juzgar a otro, igualmente. Pero de ellos no resulta que yo deba llevar sandalias de chica y dormir sobre la estufa con mi obrero y su mujer. No se trata de una toma de posición, sino de algo más grave. Tolstoi se aleja de mí, ha salido de mi corazón, diciendo: dejó la casa vacía, ya no hay obligación de alojar a nadie en ella”.

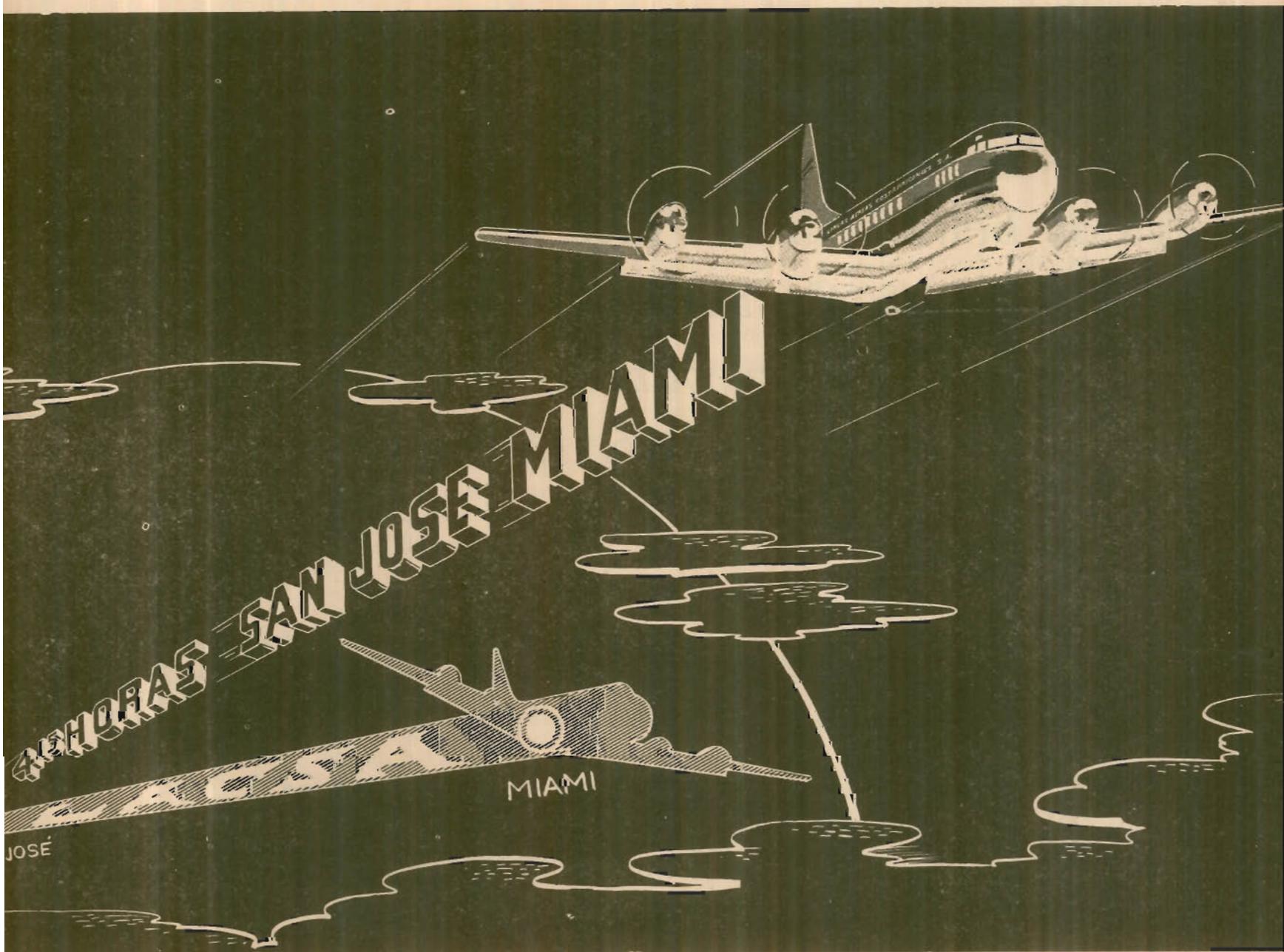
Respecto al uso de la televisión en el medio educativo, Henri Dienneide, director del Servicio de Telescuela de la Radiodifusión y Televisión francesas, ha escrito: “Creo que la TV, contra los que dicen que debe limitarse a ser

un instrumento recreativo, puede tener también una función en las aulas. La TV, introduciendo en el aula la realidad tomada en su mayor espontaneidad o presentada en forma elaborada, se inserta en el proceso evolutivo de la pedagogía. Proceso que tiende progresivamente a despersonalizar la relación entre maestro y alumno, como lo demuestra el hecho que todas las reformas de las técnicas pedagógicas han tendido y tienden a la introducción de instrumentos intermediarios: artes, libros, cuadros y, hoy, discos, películas, etc. La TV debe presentar el material documental que no puede ponerse directamente a la disposición del profesor.

“Las relaciones entre la poesía de España y de América hispánica han semejado, por más de una centuria —ar-

tículo del Suplemento literario del *Times*— una danza de influencias. Primero, Rubén Darío rompió la moribunda tradición romántica de la Península con su metro parnasiano y su exuberancia tropical; después, Juan Ramón Jiménez naturalizó el impresionismo de los simbolistas franceses, y fue imitado desde México hasta Buenos Aires. El ultraísmo, también de ascendencia francesa, surgió en América y se extendió a España. Finalmente, el chileno Pablo Neruda influyó en los poetas hispanoparlantes de todo el mundo... En la actualidad ha variado ese panorama, y la influencia de poetas españoles y mexicanos es casi nula; actualmente parecería forzado reunir poetas de Madrid y México en un examen crítico. Los poetas de la generación intermedia Octavio Paz y Blas de Otero poco

tienen en común, que no sea la lengua castellana. El verso de Paz tiene una corriente mexicana que se trasmite de verso a verso, corriente difícilmente cortada por un párrafo o una estrofa. El verso de Otero es abrupto e irregularmente construido, siguiendo el lenguaje de su nativa Asturias. El ritmo de ambos los separa en lugar de unirlos. Paz aventura triunfalmente sobre los grandes temas; Otero y los poetas de España hablan con menos intensidad de su experiencia privada. Paz se preocupa por el destino del hombre, los ciclos de la historia, las fronteras entre la realidad y el sueño y el milagro de la creación poética, mientras Otero y su grupo están principalmente preocupados por el hombre como ente social y religioso, viviendo en involuntario aislamiento de su especie”.



MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Las bellezas naturales y la cultura del pueblo de Costa Rica, son el fundamento básico para competir en el mercado Turístico Internacional.

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

Una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.